

EL COLEGIO DE MEXICO  
CENTRO DE ESTUDIOS INTERNACIONALES

LOS INTELLECTUALES Y LA POLITICA EN MEXICO (1910-1968)  
Una relación histórica

Tesis para optar por el título de  
Licenciado en Administración Pública

1987

ROBERTO BREÑA S.

A mi papá, cuyo ejemplo y permanen  
te recuerdo han hecho de mí la per  
sona que soy

A mi "jechu"

A Cecilia

A mis hermanos y hermanas

A mis amigos y amigas

A mis compañeros de generación

Al profesor Serrano, asesor y amigo

A la profesora Pardo

A mi país

# LOS INTELLECTUALES Y LA POLITICA EN MEXICO (1910-1968)

## I. INTRODUCCION

## II. PREAMBULO TEORICO

- a) Panorama histórico
- b) Cuatro contribuciones importantes
- c) Analistas contemporáneos
- d) Intelectuales, "intelligentsia" y tecnocracia

## III. LOS INTELLECTUALES EN MEXICO

- a) La Revolución
- b) El nacionalismo cultural: 1920-1940
- c) El desarrollismo
- d) 1968

## IV. REFLEXIONES FINALES

"... es el estilo y el tono del pensamiento de un hombre, sus - escasamente articulados presu - puestos y aspiraciones, hacia - donde debemos dirigirnos para - encontrar la clave de su visión y de su ceguera, de su éxito y fracaso intelectuales".

H. Stuart Hughes

## INTRODUCCION

Para algunos, resultará extraño el hecho de que un administrador público escriba sobre los intelectuales. A primera vista, son dos temas que no guardan una relación muy estrecha. Sin embargo, al considerar el caso de México, nos daremos cuenta de que desde la Independencia ha existido una clara vinculación entre los intelectuales y el poder político. Vinculación que, como veremos, empezó a ser cuestionada a partir de 1968 pero que no es sino hasta la presente década, por una serie de condiciones económicas, sociales y políticas, cuando este cuestionamiento se manifiesta de una manera más práctica. El presente trabajo trata la relación entre los intelectuales y el poder político, pero no desde 1821, sino que se limita al periodo comprendido entre el inicio de la Revolución (1910) y el movimiento estudiantil (1968). Se replicará que nuestra investigación termina precisamente cuando la relación intelectuales-poder político empieza a sufrir un cambio importante. No es así. En la primera parte del trabajo, en el inciso dedicado al movimiento del 68 y en las reflexiones finales hablaremos sobre este cambio y sus consecuencias para el sistema político mexicano. Este sistema es producto del movimiento revolucionario de 1910 (independientemente de todos los elementos que haya tomado de la República Restaurada y del porfiriato) y sus modificaciones más profundas, a partir de su institucionalización en 1929, se dieron a raíz del sacudimiento social de 1968. Ante la proximidad cronológica a la que nos hubiera llevado el

extender nuestra revisión histórica hasta el presente, con - las consecuentes deformaciones que esto conllevaría, decidi- mos no ir más allá del 68 en la reseña histórica que compren de la segunda parte de este ensayo, sino ocuparnos de estos - últimos años desde una perspectiva más general.

Antes de pasar a ver las partes de que está integrado - este trabajo, debemos hacer algunas aclaraciones. Nuestra - acepción del término "intelectual", como se verá en el cuarto inciso de la primera parte, es bastante específica. No en re lación con la que han adoptado los estudiosos que han tratado este tema, sino en cuanto a una visión amplia de lo que el vocablo puede significar. Este hecho explica las características de - la exposición histórica que comprende la segunda parte del tra bajo. En ella, se hace una revisión, desde un punto de vista meramente histórico, de las relaciones entre los intelectua - les y la política en México de 1910 a 1968. Utilizamos la pa labra "política" porque en la reseña histórica no solamente - consideramos la participación de los intelectuales en el go - bierno (lo que sería, en sentido limitado, el poder político), sino también sus relaciones con éste a través de sus escritos o de su participación en movimientos políticos independientes. Por último, debemos señalar que dentro de la literatura exis - tente relativa al tema, no encontramos un sólo texto donde se haga una relación histórica como la intentada aquí. Menciona mos este hecho porque implica que tanto la selección de persou

nas como de sucesos fue más arbitraria de lo normal, al no contar con fuentes que sentaran un precedente.

Además de esta introducción, el presente trabajo consta de una primera parte denominada preámbulo teórico, una segunda parte dedicada al desarrollo histórico de los intelectuales en México durante el período ya mencionado y, finalmente, las reflexiones finales. La primera parte, como su nombre lo indica, tiene por objeto introducir al lector, desde una perspectiva global, al tema de los intelectuales y la política. Esta primera parte se divide en cuatro incisos: panorama histórico, cuatro contribuciones importantes, analistas contemporáneos y, finalmente, intelectuales, "intelligentsia" y tecnocracia. En el primer inciso se hace una breve introducción histórica general a la relación entre los intelectuales y el poder; en el segundo, se menciona la contribución que a este tema hicieron cuatro destacados intelectuales europeos (Weber, Mannheim, Benda y Gramsci) para posteriormente, utilizando estas contribuciones como punto de arranque, hacer algunos comentarios sobre el caso de México; en el tercero, se señalan los investigadores contemporáneos que más se han ocupado del tema; por último, en el cuarto inciso daremos una definición general del término "intelectual" y veremos cuál es el origen del vocablo, para después pasar a una definición un poco más específica del mismo, la cual nos servirá como categoría unificadora (con insalvables limitaciones) de los casos que veremos en la segunda

parte. Más adelante, diferenciaremos a los intelectuales de la "intelligentsia" (proponiéndolo un nuevo uso de este término) y concluiremos el inciso, y esta primera parte, con una conceptualización de la tecnocracia y una revisión de los cambios de matiz que este término ha tenido desde su aparición en el ámbito político mexicano hace cuatro décadas.

La parte histórica se divide también en cuatro incisos: el primero se ocupa del período revolucionario; el segundo está dedicado al nacionalismo cultural (1920-1940); el tercero se refiere al desarrollismo, y el último se limita a señalar las causas y consecuencias de 1968 para la relación entre los intelectuales y la política en nuestro país. En las reflexiones finales haremos un balance de esta segunda parte, explicaremos algunas de sus características principales y trataremos el momento actual. Esto último nos permitirá percatarnos de que la estrecha relación que se ha dado entre los intelectuales y el poder político en México, especialmente a partir de 1920, ha sido puesta en entredicho por una serie de factores que señalaremos oportunamente. El haber considerado al período revolucionario (el inciso más extenso, con mucho, de los cuatro que integran la segunda parte) no necesita explicación. No sólo el sistema político, sino también los órdenes social y cultural son producto de la Revolución de 1910.

Esta investigación es una introducción a la historia de los intelectuales y la política en México de 1910 a 1968 que,



además de presentar los hechos, cuando lo cree necesario los comenta, explica o critica. Nuestra intención fue escribir una historia que fuera algo más que una mera acumulación de datos. Esperamos haberlo logrado. 1/

## II. PREAMBULO TEORICO

### a) PANORAMA HISTORICO

"El problema de la relación entre las ideas y el poder - surgió en su forma contemporánea en el siglo XVIII. Porque - fue en este siglo cuando los hombres de ciencias y de letras (los intelectuales modernos) emergieron por primera vez en el Occidente como un grupo secular distinto". <sup>2/</sup> Esto se dio - por numerosas razones, entre las que destacan: el derrumbamiento del monopolio de la religión sobre la vida, la difusión de la visión científica del mundo, el desarrollo de la imprenta, la modernización de la universidad y un proceso creciente de urbanización. Desde la influencia ejercida por los "philosophes" sobre la Revolución Francesa y sus secuelas, hasta el peso que tuvo la intelectualidad norteamericana para lograr - el cese de la intervención de su país en el conflicto de Vietnam, son muchas y muy variadas las formas en que los intelectuales se han relacionado con el poder político de sus respectivos países. A grandes rasgos, podemos identificar cinco tradiciones<sup>3/</sup> o ideologías<sup>4/</sup> que, a lo largo de estos 250 - años<sup>5/</sup>, han ido influyendo sobre la relación entre los intelectuales y la autoridad: la del Siglo de las Luces, el Positivismo, el Romanticismo, el Marxismo y, finalmente, la Nueva Conciencia Tecnológica.

A la tradición iluminista (que es a la que se refiere - Schlesinger en la cita introductoria) siguieron tres tradiciones que influirán, en mayor medida que su antecesora, sobre - la mentalidad de los intelectuales y su manera de relacionar-

se con el poder. Esto se debe a que la tradición del Siglo - de las Luces puede considerarse como la respuesta del grupo - más preparado y progresivo de una clase social en ascenso (la burguesía) a una serie de condiciones históricas concretas, - mientras que las tres tradiciones que le siguieron hacen más bien referencia a patrones de comportamiento. En el caso de la tradición positivista, ésta niega la validez de todo conocimiento "a priori". El positivismo no acepta a la costumbre, a la autoridad institucional o a las pasiones internas; lo determinante es la experiencia directa de los hechos. El conocimiento científico, "positivo", es el que, a través de un selecto grupo de ingenieros sociales, debe reguir el desarrollo de la totalidad social. El romanticismo, por su parte, surge en cierta medida como reacción a la tradición positivista. - Los románticos aprecian las manifestaciones espontáneas de cada individuo, se oponen a la vida llena de convencionalismos de la sociedad burguesa y a todo intento de uniformizar el comportamiento de los miembros de la sociedad. "La tradición romántica es uno de los poderes más explosivamente antiautoritarios, e incluso anticiviles, de la vida intelectual moderna".<sup>6/</sup> El marxismo puede considerarse una fusión del positivismo y el romanticismo.<sup>7/</sup> Sus antecedentes se remontan a la tradición milenarista: la creencia de que el mundo corrupto que conocemos llegará a su fin algún día y será reemplazado por un mundo mejor. Esto se logrará a través de la alianza entre los intelectuales y la clase explotada por el sistema capitalista, el

proletariado. Los marxistas están convencidos de la posibilidad de cambiar la situación de sus respectivas sociedades - mediante una acción consciente e inteligente que, aunada a - ciertos desarrollos históricos inevitables, terminará con las injusticias y desigualdades imperantes.

En la actualidad la ideología predominante es la que Gouldner denomina "conciencia tecnológica moderna", descendiente - directa del positivismo decimonónico. Esta nueva ideología - es producto del asombroso desarrollo económico (científico-tecnológico) que han tenido los países más avanzados del mundo - durante el presente siglo. El aspecto más importante de esta tradición intelectual es su énfasis en el papel que la técnica (ciencia aplicada) debe jugar para el desarrollo integral de la sociedad, ignorando consideraciones de otro tipo (históricas, éticas, ecológicas, etc.) que, desde su punto de vista, no hacen más que obstaculizar la marcha hacia el Progreso. - Sin repeter fronteras geográficas o ideológicas, la presencia de la nueva conciencia tecnológica se manifiesta, según Gouldner, en todos los países del mundo. Esta tradición viene acompañada de una serie de nuevos actores sociales que la sociología moderna ha intentado definir con una serie de términos - también relativamente nuevos (no en cuanto a su existencia, - sino en relación a su aplicación): "intelligentsia", técnicos, tecnocracia, etc. La falta de precisión de estos términos y el intento de aplicarlos universalmente, ha llevado a confusio

nes teóricas que inciden sobre el tema aquí tratado: los intelectuales. En efecto, el uso indiscriminado de estos vocablos ha venido a hacer todavía más problemática la búsqueda de un consenso alrededor de un término tan difuso como es el caso de "intelectual". ¿Todos estos nuevos actores son intelectuales? ¿Cuáles sí y cuáles no? ¿Con base en qué determinaremos lo anterior? ¿A partir de qué nivel los técnicos se convierten en tecnocracia? ¿La palabra "intelligentsia" comprende a todos - los intelectuales, a los más destacados o solamente a aquéllos con una preparación de tipo técnico? Todos estos interrogantes rebasan los propósitos del presente trabajo, únicamente queríamos mostrar algunas de los infinitos problemas teóricos que plantea la nueva conciencia tecnológica al hacer aparecer una serie de términos cuya indeterminación ha complicado aún más el intento por conceptualizar con cierto rigor el vocablo "intelectual". Debemos añadir que son dos las variables principales que, a nuestro juicio, impiden que la utilización de - categorías como "intelligentsia" o tecnocracia puedan aplicarse a todos los países sin forzar la realidad: el diferente desarrollo económico de cada sociedad (en todo caso tendría que hacerse la diferencia entre países desarrollados y subdesarrollados) y el diferente sistema económico-social que las rige (capitalista o socialista).

Por lo que toca a la presente investigación, en el último inciso de esta primera parte daremos, al inicio del mismo,

una definición general del término "intelectual". A continuación se seguirá definiendo al intelectual humanista, a la "intelligentsia" y, por último, hablaremos brevemente (ya que esta cuestión se tratará en el inciso tercero de la parte histórica) sobre la tecnocracia. En relación con la "intelligentsia", no hacemos más que proponer una nueva definición del término, para el caso de México, que nos permita sustraernos de la confusión reinante alrededor de este vocablo, cuya excesiva utilización lo ha llevado, como en el caso del término "intelectual", a un vacío de significado.

Pasaremos ahora a ver la contribución que cuatro pensadores europeos han hecho al desarrollo teórico del tema de los intelectuales y el papel que éstos debieran desempeñar dentro de sus sociedades. Estas sinópticas presentaciones nos servirán como plataforma para hacer algunos comentarios sobre la realidad nacional a este respecto. Los pensadores considerados son: Max Weber (1864-1920), Karl Mannheim (1893-1947.), Julien Benda (1867-1956), y Antonio Gramsci (1891-1937).<sup>8/</sup>

#### b) CUATRO CONTRIBUCIONES IMPORTANTES

El sociólogo alemán Max Weber centró su interés, en relación con el problema de los intelectuales, en un aspecto que hasta la actualidad sigue siendo muy debatido. Se trata de la decisión que frecuentemente se ven obligados a hacer los intelectuales entre dedicarse por entero a la "objetividad" de su

ciencia o participar en los problemas políticos de su tiempo. Con sus escritos, así como con su propia vida, Weber dejó constancia de esta inquietud, de esta tensión, que desde siempre se ha abatido sobre los intelectuales. "Max Weber fue hombre de ciencia y no hombre político ni hombre de Estado, aunque sí, ocasionalmente, periodista político. Estuvo, sin embargo, apasionadamente preocupado por la cosa pública durante toda su vida y no dejó nunca de experimentar una especie de nostalgia de la política, como si la finalidad última de su pensamiento hubiera debido ser la participación en la acción".<sup>9/</sup>

Por un lado, Weber pensaba que los intelectuales debían tratar de evitar los juicios de valor, propios de los políticos, que les impedían el ser objetivos. Por otro, se daba cuenta que esta autonomía de juicio era sumamente difícil de mantener cuando el intelectual se enfrentaba con una realidad política y social que le instaba a abandonar su abstencionismo axiológico e involucrarse más directamente con los problemas reales de su tiempo. Según Weber, debía existir una distinción entre el quehacer científico y el quehacer político porque no se pueden realizar ambos al mismo tiempo sin caer en una contradicción irresoluble, producto de la irreductibilidad de la dicotomía conocimiento científico-juicios valorativos.

Karl Mannheim toma una actitud diferente ante el mismo problema y postula a los intelectuales como un grupo social que no pertenece a una clase en particular, sino que está com

puesto por individuos provenientes de todas las clases sociales. "Uno de los hechos más impresionantes de la vida moderna es que, en ella, a diferencia de las culturas anteriores, la actividad intelectual no es privilegio de una clase rigurosamente definida, como el clero, sino más bien un estrato social, en gran parte desligado de cualquier clase social y que si recluta en un área cada vez más extensa de la vida social".<sup>10/</sup>

Los intelectuales son para Mannheim un grupo intermedio, libre de nexos ("freischwebend"), capaz de trascender las ideologías debido a que el vínculo que los une, la cultura obtenida a través de la educación, ignora las diferencias de clase y los capacita para velar por los intereses de toda la sociedad y no dejarse llevar por intereses particulares. Desde su primer libro, Ideología y utopía, escrito en 1929, se percibe en Mannheim una tendencia a considerar a los intelectuales como un grupo rector, cuya capacidad para absorber en sí todos los intereses que impregnan la vida social, hace de ellos una élite privilegiada para dirigir el desarrollo del todo social.

En 1927 aparece el libro La trahison des clercs del francés Julien Benda. Esta obra se puede considerar como la primera que toca los problemas esenciales de la comunidad intelectual occidental.<sup>11/</sup> Benda era filósofo y moralista, no sociólogo, y su libro no es un análisis, sino una denuncia en la que el autor critica severamente a los intelectuales por ponerse al servicio de fines políticos y sociales. Benda considera que al hacer esto, los intelectuales estaban traicionando lo -



que él consideraba la esencia de todo verdadero intelectual: el amor desinteresado y búsqueda de la verdad y la justicia. Los intelectuales deben pues mantenerse alejados de las ques tiones políticas y sostener una autonomía que les permita ser fieles a su vocación esencial.

Por último, tenemos la aportación de Antonio Gramsci, uno de los teóricos marxistas más importantes del siglo XX. Para este pensador italiano, cada grupo social tiene su propia capa de intelectuales ("intelectuales orgánicos") o procura formársela; sin embargo, los intelectuales de la clase históricamente progresiva (en este caso la burguesía) tiende a absorber a los de otras clases sociales.<sup>12/</sup> La hegemonía que ejerce esta clase sólo puede ser debilitada (y eventualmente vencida) mediante la creación por parte de los intelectuales de una con cepción del mundo alternativa, contrahegemónica. Es precisamente el énfasis que Gramsci puso en el aspecto cultural de la hegemonía, lo que determinó el peso de los intelectuales dentro de toda su obra. Aunque el significado del término "intelectual" dentro de los escritos gramscianos rebasa ampliamente la utilización que se le había dado hasta entonces, Gramsci reconoce la imposibilidad de la creación de un nuevo bloque histórico sin la destrucción, a través de la creación de una cosmovisión socialista alternativa, de lo más sofisticado de la ideología de la clase dominante, producto de sus intelectuales más eminentes.<sup>13/</sup> Ante la fortaleza de la sociedad civil

en los países occidentales, en contraste con su debilidad en el caso de Rusia, Gramsci proponía una estrategia diferente. El arribo del socialismo al poder no podía darse a través de un "asalto al Palacio de Invierno". Había que preparar el terreno luchando contra la hegemonía de la ideología burguesa - a todo lo largo de la sociedad civil, había que ocupar todos los espacios sociales disponibles y crear otros nuevos para ir conformando una visión del mundo diferente y contrapuesta al predominio moral-intelectual que ejercía la burguesía. De aquí la trascendencia del papel que los intelectuales deben desempeñar en la sociedad civil, ya que es allí donde se efectúa la acumulación de fuerzas que permitirá eventualmente la toma del poder y la edificación de una sociedad radicalmente nueva.

Tres fueron las cuestiones más importantes que la visión de los pensadores señalados suscitaron en nosotros al referir - sus aportaciones al caso mexicano: la opinión de Mannheim con respecto a la capacidad que él adjudica a los intelectuales - para trascender su clase social; la propuesta de Weber y Benda sobre la clara distinción que debe existir entre intelectuales y políticos, y la visión gramsciana sobre el rol de los intelectuales en relación con la fortaleza o debilidad de la sociedad civil dentro de la cual se desarrollan.

Un razonamiento como el realizado por Mannheim, en el sentido de que los intelectuales son un grupo social capaz de ir

más allá de sus intereses de clase, sólo pudo haber surgido en una sociedad con un nivel relativamente alto de homogeneidad económico-social. De otra manera, es difícil suponer que un científico social de la talla de Mannheim pudiera esperar que un determinado estrato social fuera capaz de sustraerse a to da una serie de condicionamientos económicos, sociales y cul turales que, en otros casos, probarían ser una barrera infran queable para lograr la "desvinculación" de la que habla el - creador de la sociología del conocimiento. Es precisamente - éste, creemos nosotros, el caso de México, cuya sociedad se - caracteriza por su heterogeneidad económica y social. A ellas, debemos agregar otro factor no menos importante: las diferen- cias de tipo étnico que, como resultado de un proceso de con- quista y mestizaje, existen dentro de la sociedad mexicana - contemporánea y detrás de las cuales se esconden toda una se- rie de prejuicios que obstruyen cualquier intento de homogenei zar al cuerpo social. Esta realidad sociológica tiene una cla ra correspondencia al pasar al ámbito más reducido de los in- telectuales. Como lo ha demostrado Roderic A. Camp, <sup>14/</sup> el - 94% de los intelectuales mexicanos provienen de la clase media o alta de la sociedad. Si a este hecho, agregamos que la in mensa mayoría de nuestros intelectuales han nacido y residen en la misma ciudad (el Distrito Federal) y han estudiado en la misma institución (la UNAM), dos conclusiones importantes se pueden extraer al respecto. La primera es que, por mayores - que sean las diferencias ideológicas de nuestros intelectuales, existe una serie considerable de elementos comunes que tienden

a unificar su visión del mundo. Un ejemplo de ello podría ser la incapacidad congénita de los intelectuales mexicanos para comprender y adentrarse <sup>en</sup> a los problemas del campesinado (existen excepciones claro, que no hacen más que confirmar la regla). En segundo lugar, por más que nos esforcemos en extender el concepto de "clase media", es evidente que, por lo menos, la mitad de los mexicanos no entrarían dentro de esa categoría. Esto quiere decir que la mitad de la población de este país tiene una representación ínfima dentro del estrato intelectual y en este sentido, sus perspectivas no pueden ser optimistas ya que en nuestro país este estrato no "se recluta en un área cada vez más extensa de la vida social". <sup>15/</sup>

Mannheim otorga una importancia desmedida a las cualidades unificadoras de la cultura. Es cierto que la educación establece una serie de vínculos entre quienes la comparten, pero también es cierto que estos vínculos son incapaces de hacer desaparecer las diferencias de clase. Si esto no es posible en sociedades con un cierto equilibrio socioeconómico, mucho menos en sociedades que se caracterizan por distribuciones del ingreso sumamente inequitativas, diferencias sociales abismales e incluso por una discriminación, apenas velada en muchos casos, de tipo étnico. El optimismo de Mannheim respecto a la capacidad rectora de los intelectuales se fundamentaba en su visión de ellos como el único grupo social "libre de nexos". Desmentido este hecho, los intelectuales serían tan capaces o tan ineptos como cualquier otro grupo social para regir los

destinos de una nación.

Pasando a la propuesta de Weber y Benda, debemos primero aclarar que las motivaciones del primero eran muy diferentes a las del filósofo francés al postular una dicotomía entre el político y el intelectual, o en palabras de Weber, científico. El sociólogo alemán pensaba que un científico no debía ingresar a la política<sup>16/</sup> porque los juicios "normativos" o "de valor", que son los que establecen la validez última de los fines por los que se mueve el dirigente político, se oponen e impiden el conocimiento "fáctico", el único que debe guiar y al que debe aspirar todo investigador social. Si bien es cierto que este tipo de conocimiento puede ser útil para que el político esté mejor informado, no es ninguna ciencia social o sus procedimientos los que determinan en última instancia su proceder.<sup>17/</sup> En el caso de Benda, éste propugna un abstencionismo total de los intelectuales con respecto a la política - porque considera que su deber primordial es tratar de alcanzar los más altos valores, objetivo imposible de lograr dentro del mundo político, atento a necesidades concretas antes que a alcanzar la verdad, la libertad o la justicia. Este llamado de Benda a la no intervención de los intelectuales en política se derivó de su aprensión ante la apología, por parte de numerosos intelectuales de su tiempo, de varios fenómenos políticos (nacionalismo, antisemitismo, militarismo) que en ese entonces proclamaba una naciente doctrina política de ultraderecha: el fascismo. Lo importante, para nuestros propósitos, es la clara

diferenciación que, al igual que Weber, Benda pretendió establecer entre los intelectuales y los políticos.

Guardando la distinción anterior en mente, pasemos ahora a ver el papel que los intelectuales debían jugar para Gramsci en las sociedades occidentales. Para él, la táctica utilizada por los bolcheviques en la revolución de 1917 era inoperante para los líderes proletarios de la Europa occidental. La acción político-militar súbita y directa llevada a cabo por Lenin y su grupo (a la que Gramsci denomina "guerra de maniobra") debía ser sustituida por un proceso más lento pero que a la postre sería aún más eficaz: la "guerra de posiciones". Ante la fortaleza que mostraba la sociedad civil en los países occidentales europeos, la toma efectiva del poder tenía que ser precedida por un proceso erosivo por parte de los intelectuales y los grupos proletarios organizados que iría minando paulatinamente la hegemonía cultural-ideológica que la burguesía mantenía sobre todas las instancias de la sociedad civil.<sup>18/</sup>

"En Oriente el Estado lo era todo, la sociedad civil era primitiva y gelatinosa; en Occidente entre el Estado y la sociedad civil había una justa relación y en el temblor del Estado se discernía enseguida una robusta estructura de la sociedad civil".<sup>19/</sup> Los intelectuales proletarios tenían pues frente a ellos la obligación de constituir una fuerza contrahegemónica real que eventualmente coadyuvaría a la victoria final del socialismo, no como un proyecto exclusivamente político, sino

también como un nuevo bloque moral-intelectual que instauraría una sociedad completamente distinta.<sup>20/</sup>

En el caso de México tenemos una realidad histórica que nos lleva a considerar inoperantes e inoperables tanto la propuesta Weber-Benda como la estrategia gramsciana. La independencia política del país lograda en 1821 hereda de la Colonia una tradición política autoritaria, centralista y con un predominio absoluto del Estado sobre la sociedad civil. Tres siglos de dominio español eran demasiado pesados para un país recién nacido y cuyo desenlace independentista había sido más el producto de la negociación que de una ruptura fáctica. La carencia absoluta de experiencia en lo relativo al autogobierno, el enorme poder de la Iglesia y el Ejército, dos instituciones que durante las primeras décadas de vida independiente probaron ser más fuertes que el Estado mismo, y el ansia de varios caudillos por colgarse a la primera oportunidad la banda presidencial, impiden cualquier tipo de desarrollo político durante toda la primera mitad del siglo XIX. El proyecto de construcción de un Estado nacional se queda en eso; el Estado es incapaz de lograr la estabilidad que se requiere para poder iniciar un verdadero programa político. La sociedad civil, sin experiencia alguna de autonomía con respecto al Estado, es un reflejo del desorden político imperante y se muestra incapaz de desarrollarse sin la tutela estatal, imposible bajo las inestables condiciones del momento. Carente de posibi

lidades y capacidad para evolucionar de manera independiente, su carácter, esencialmente reactivo, empezará a despertar con el triunfo de la Revolución de Ayutla en 1854. Se inicia el proyecto político liberal que, con lógicas variaciones a lo largo del tiempo, llegará hasta nuestros días. La Reforma, al anular el poder eclesiástico, da el primer paso hacia la modernidad. El porfiriato, instaurando la paz e impulsando el desarrollo económico, continúa la marcha modernizadora, sin abandonar el camino político trazado por los liberales de la República Restaurada. Los dos, cada uno a su manera, contribuyen al proceso lento, y por definición interminable, de edificación de un Estado nacional. Las contradicciones sociales creadas por la dictadura porfirista llevan al estallido revolucionario de 1910. De este movimiento social surgiría el Estado mexicano moderno, continuador del liberalismo decimonónico de juaristas y profiristas.<sup>21/</sup> El Estado mexicano inicia un proceso de consolidación netamente política que al poco tiempo agrega dos dimensiones que le darán una mayor cohesión y solidez: la ideológica, con el nacionalismo cultural (1920-1940) y la económica, con el desarrollismo (1940-1968). El Estado es a la vez propulsor, promotor, benefactor y director de la sociedad civil; ésta, fiel a su carácter, únicamente responde a los impulsos gubernamentales. Las masas habían hecho la Revolución, pero a partir de la consumación de la misma, al ser plasmadas sus aspiraciones en la Constitución de 1918, el papel protagónico que jugaron durante la lucha se des



vanece. En la década de los treinta la sociedad civil, escindida en sectores, se adhiere al aparato político. El Ejército, como corporación, desaparece del panorama político. La estabilidad social y el desarrollo económico parecen dar la razón al autoritarismo y centralismo oficiales. Sin embargo, las contradicciones se van acumulando y en 1968 llegan a un callejón sin salida. El movimiento estudiantil es duramente reprimido. La sociedad civil no tiene, y no debe tener según la visión gubernamental, independencia alguna con respecto al Estado. Si se sale de los cauces que se le marcan, se expone a una respuesta violenta. El proceder oficial ante las manifestaciones de descontento de la clase obrera (ferrocarrileros, 1959) y de las clases medias (maestros, 1958 y médicos, 1965) habían comprobado este aserto. Pese a ellas, el autoritarismo estatal mantuvo su línea inflexible y prestó oídos sordos al malestar social que se estaba gestando. 1968 rebasaría todo pronóstico. La sociedad civil despierta de un letargo ancestral, interrumpido en 1910, y se lanza a las calles. Los actores sociales, sin embargo, son otros. Ahora son las clases medias las que, cansadas de un desfase creciente entre desarrollo económico y desarrollo político, no sólo dirigen, sino que son ellas las que de manera directa muestran su inconformidad. Tlatelolco no podía pasar inadvertido. Después de él, se inicia un proceso de apertura democrática que intenta satisfacer algunas de las demandas planteadas por el movimiento estudiantil. Destaca, entre otras medidas, la reforma

electoral de 1977. La sociedad civil parece empezar a modificar una relación asimétrica con respecto al Estado. Sin em - bargo, el "boom" petrolero vuelve a relegarla a un segundo plano; el Estado se aferra a su autoconcepción de benefactor universal, de "pater familiae". Será él quien se encargará de que a todos los toque una tajada del pastel, de aquí, en parte, su desmesurado crecimiento durante la década de los setenta. El "boom" era sólo eso; después del espejismo aparece, con toda ls fuerza del desencantamiento, la cruda realidad. La peor crisis en la historia moderna de nuestro país se convierte en un catalizador para la sociedad civil, especialmente, como en 1968, de las clases medias. Aprovechando los espacios derivados del 68 y creando otros nuevos, la oposición de derecha logra sonados triunfos en el norte del país. Las políticas gubernamentales son debatidas y criticadas en unos medios de comunicación más abiertos y menos temerosos. El Estado da marcha atrás en su política expansionista y la nueva administración inicia un proceso involutivo en este sentido. La iniciativa privada aprovecha, cuando conviene a sus intereses, este repliegue estatal. El terremoto del 85 muestra, no la organización, pero sí las posibilidades de movilización de la sociedad, en contraste con una reacción estatal lerda e ineficiente. La unificación de la izquierda en el Partido Mexicana Socialista (PMS), la fortaleza mostrada por el Consejo Estudiantil Universitario (CEU) en el conflicto de la UNAM y la presión ejercida por los grupos ecologistas en contra de Laguna Verde son algunos fenómenos recientes que muestran una nue

va fisonomía de la sociedad civil mexicana. En medio de estos sucesos, llama la atención la pasividad de la clase trabajadora, considerando que su salario real ha caído en más de un 35% en el último lustro. Contra cualquier pronóstico razonable, uno de los pilares más importantes del Estado mexicano se mantiene como firme sustento del régimen. La paz social se ha preservado a pesar de una tasa de desempleo nunca antes vista y, lo que es todavía peor, condenada a seguir su marcha ascendente. No obstante, este argumento legitimador es cada vez menos convincente (Don Porfirio mantuvo al país en paz durante 34 años) y <sup>algunos sectores de</sup> para las clases medias, estudiantes e intelectuales, francamente insuficiente. La consigna, como siempre, pero como nunca antes: democracia; democratización de un sistema político autoritario, centralista y corporativo. Incluso al interior del partido oficial se debate este sustantivo que, tomado aisladamente, significa todo y nada, pero que aplicado a cada renglón político, a cada instancia social, se traduce en exigencias concretas. La democratización es un reto que el Estado asume en la medida de sus posibilidades y necesidades. El autoritarismo del Estado mexicano no es un cosmético, es su esencia y su "modus operandi"; un hecho históricamente comprobado y comprobable. El reto, pues, pone a prueba la estructura misma de nuestro sistema político.

El breve repaso histórico que acabamos de hacer tiene como finalidad mostrar la debilidad estructural de la sociedad civil mexicana con respecto al Estado. Muy vinculado con es

te hecho, y en relación con la propuesta Weber-Benda, tenemos otro fenómeno histórico que también incide sobre la relación entre los intelectuales y la política en nuestro país. Nos referimos a la estrecha relación que desde la Independencia ha existido entre los hombres de pensamiento y los hombres de acción en México. Desde 1821, y durante todo el siglo XIX, la labor intelectual y la labor política son indisociables. Los políticos son intelectuales y los intelectuales, políticos. "En el México del siglo XIX ser un intelectual y ser un político eran dos actividades casi imposibles de distinguir: ser un intelectual significaba ser un político".<sup>22/</sup> Ante la ingente tarea que se tiene por delante (la creación de un Estado nacional), la pobreza en que vive la inmensa mayoría de la población y el escaso número de individuos con preparación, la dicotomía intelectuales-políticos es impensable: Lucas Alamán, José María Luis Mora, Melchor Ocampo, Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez, Francisco Zarco, Ignacio Manuel Altamirano, Gabino Barreda y Justo Sierra son algunos de los muchos nombres que podríamos dar como ejemplo. La mayoría de ellos colaboraron en la República Restaurada (1867-1877), diez años de febril actividad política en los que se intenta recuperar algo del tiempo perdido en pronunciamientos, tomas de poder y meteóricas presidencias. Durante el porfiriato este destacado equipo de políticos-intelectuales es reemplazado por un grupo político más técnico, preocupado principalmente por un desarrollo económico fundamentado en cuantiosas inversiones extranjeras, para lograr las cuales había que saber muchas finanzas inter

nacionales, pero nada de honestidad. Los famosos "científicos", con toda su doctrina comtiana y spenceriana a la espalda, no son más que "un apéndice decorativo y útil del poder".<sup>23/</sup> Es interesante señalar que este desplazamiento de los intelectuales del aparato estatal por parte de un grupo más eficientista y pragmático se repetiría en este siglo cuando el nacionalismo cultural postrevolucionario sea hecho a un lado por el desarrollismo económico iniciado en la década de los cuarenta. En la segunda parte de este trabajo veremos cómo se dio este relevo político.

Con lo dicho hasta aquí pretendimos mostrar la existencia de razones históricas y sociales que impiden considerar como viables el razonamiento de Mannheim relativo a la supuesta - desvinculación social de los intelectuales, la propuesta Weber-Benda en relación con la dicotomía políticos-intelectuales, así como el papel predominante que estos últimos deben desarrollar dentro de la sociedad civil de acuerdo a la visión gramsciana. En lo que respecta a este último punto, no estamos proponiendo, sobra decirlo, que los intelectuales deban limitar su acción al aparato estatal, sino únicamente señalamos el hecho de que la fortaleza del Estado en el caso mexicano, y concomitante debilidad de la sociedad civil, son fenómenos políticos que explican en buena medida la estrecha vinculación - existente entre los intelectuales y el poder político. Este hecho, al que llamaremos "estatismo", es, como se verá en la

segunda parte de este trabajo, una constante en la historia - de nuestro país. Sin embargo, existen en la actualidad indicios de que esta situación está cambiando. Los frutos de - 1968 se están dando ahora, en gran parte como consecuencia de la crisis "económica" que estamos viviendo. En las reflexiones finales hablaremos sobre esta nueva realidad de los intelectuales mexicanos.

c) ANALISTAS CONTEMPORANEOS

Muchos son los autores contemporáneos que han tratado temas relacionados con los intelectuales y su papel político. Sin embargo, se puede considerar que sólo cuatro han hecho de los intelectuales el objeto principal de sus investigaciones. Nos referimos a Edward A. Shils, Charles Kadushin, Lewis Coser y Alvin Gouldner.<sup>24/</sup> Cada uno de ellos se ha acercado al tema desde un punto de vista particular. Shils se ha interesado no sólo en los intelectuales de los países desarrollados, como lo prueba su estudio sobre la evolución de los intelectuales en la India. Kadushin se ha centrado en el caso de los intelectuales norteamericanos. Coser ha enfocado la cuestión desde una perspectiva primordialmente sociológica. Gouldner, por último, es uno de los más ardientes defensores de la tesis que considera a los intelectuales como una nueva clase social. En uno de sus últimos libros,<sup>25/</sup> Gouldner plantea que una nueva clase, constituida tanto por los intelectuales como por la "intelligentsia",<sup>26/</sup> está surgiendo en todo el mundo. Esta -

nueva clase, a los ojos de Gouldner, es la fuerza más progresista de la sociedad moderna y su ascenso es un fenómeno que se da tanto en los países capitalistas como socialistas, aunque con diferentes matices en cada caso. Mucho se ha discutido sobre esta "nueva clase". El mismo Gouldner reconoce al principio de su libro la existencia de cinco concepciones diferentes sobre la conformación y significado de la misma.<sup>27/</sup> La tesis es debatible desde el momento en que nos detenemos a considerar el sustantivo utilizado. Emplear el término "clase" para referirse a los intelectuales conlleva, para ciertos estudiosos, una serie de dificultades metodológicas importantes.<sup>28/</sup> Sin embargo, debemos apuntar que también algunos autores del bloque socialista han considerado al ascenso de los intelectuales como el surgimiento de una nueva clase dentro de sus sociedades.<sup>29/</sup> Esto a pesar de una postura oficial predominante que se opone a que se denomine como clase lo que, según los académicos ortodoxos, debe ser considerado como "estrato" social. No vamos a entrar aquí al debate sobre los intelectuales como parte de una nueva clase social. Únicamente debemos hacer constar que, dada la relación directa que existe entre el desarrollo económico y el peso que puede llegar a tener la "intelligentsia" (como la entiende Gouldner), varias de las consideraciones esenciales alrededor del surgimiento y evolución de una nueva clase solamente son aplicables, bajo las circunstancias actuales, a las sociedades industrializadas (sean capitalistas o socialistas).

Al pasar al mundo académico latinoamericano, dos aspectos saltan a la vista en lo que toca al estudio de los intelectuales: la cantidad de trabajos es menor, así como la calidad de los mismos.<sup>30/</sup> En cuanto a lo primero, sólo hay tres autores que se hayan dedicado, de manera más o menos recurrente, al estudio de los intelectuales: el argentino Juan F. Marsal y los mexicanos Gabriel Careaga y Enrique Krauze.<sup>31/</sup> Marsal -- fue el primer estudioso latinoamericano en tratar el problema de los intelectuales y realizar estudios empíricos y comparativos al respecto. Aunque ha tocado el caso mexicano, su atención se ha centrado en los intelectuales de su país. En lo que respecta a Careaga, son dos los libros en los que este autor se ha ocupado de los intelectuales. El primero de ellos es un libro escrito en 1971 titulado Los intelectuales y la política en México. En él, Careaga no se limita, como se podría deducir del título del libro, al caso mexicano, sino que trata una gama muy amplia de cuestiones relacionados con el tema: el surgimiento de los intelectuales modernos, los intelectuales marxistas, los antiintelectuales en México, el movimiento estudiantil del 68, la historia de la intelectualidad mexicana de la Independencia a nuestros días, los intelectuales en América Latina, los intelectuales de derecha, la creación y desaparición de las revistas políticas "El Espectador" y "Política", el dogmatismo intelectual. Todo esto en un libro que no rebasa las 140 páginas. El resultado, inevitablemente, es superficial; sin embargo es la única fuente, escrita



por un mexicano, que intenta dar una visión global sobre el tema. El otro libro de Careaga (Intelectuales, poder y revolución) es una recopilación de once ensayos, de autores de diferentes países, relativos al papel político y social de los intelectuales. De ellos, únicamente tres se refieren a nuestro país; uno de Daniel Cosío Villegas, otro del ya mencionado Marsal y el tercero es del mismo Careaga (se trata del capítulo final de Los intelectuales y la política en México).

Además del libro de Careaga (el único que en realidad se le puede adjudicar ya que el segundo, como ya señalamos, es una recopilación de ensayos de otros autores) y del libro de Roderic A. Camp que veremos a continuación, solamente existe otro texto que trate la relación entre los intelectuales y la política en México en el siglo XX desde una perspectiva general. Se trata de Intelectuels et état au Mexique au XX<sup>e</sup> siècle, libro publicado en 1979 por el "Institut d'Etudes Mexicaines" de Perpignan, Francia. La obra consta de diez ensayos: cinco de autores mexicanos, cuatro de autores franceses y uno del argentino Marsal. (Este último, así como el de Cosío Villegas que aparece en el libro, son los mismos que los del texto recopilado por Careaga). La introducción estuvo a cargo de Jean Meyer, director del Instituto y promotor de la idea de realizar esta publicación. Los ensayos no siguen una secuencia u orden cronológico, sino que tratan diferentes aspectos de la relación entre los intelectuales y el Estado mexicano durante el presente siglo.

En 1985 apareció publicada la investigación más completa que se haya escrito hasta ahora sobre los intelectuales y el poder político en México. Se trata del libro Intellectuals and the State in Twentieth-Century Mexico de Roderic A. Camp, investigador de la Universidad de Iowa, Estados Unidos. El interés de Camp en la materia no es de ninguna manera algo reciente o improvisado. Desde hace más de quince años este autor se ha dedicado a escribir sobre los líderes políticos e intelectuales de México y ha publicado varios libros y una infinidad de artículos al respecto. En otras palabras, Camp sabe muy bien de lo que está hablando y este conocimiento del tema da como resultado un libro que analiza con rigor y claridad todas las variables sociales que de alguna manera inciden sobre la relación entre los intelectuales y el Estado en nuestro país.

d) INTELLECTUALES, "INTELLIGENTSIA" Y TECNOCRACIA

Los intelectuales son el conjunto de individuos cuya elevada preparación académica los posibilita para crear las obras, y escritos que conforman la alta cultura de una sociedad. Es ésta una de las infinitas definiciones que podríamos dar del término "intelectual". Como cualquier otra, tiene deficiencias y limitaciones, mismas que podrían ser explicadas o matizadas a través de la discusión sobre la misma. Nuestra finalidad era solamente brindar una definición general del término para más adelante pasar a una conceptualización más específi-

ca que nos sirva como punto de referencia a lo largo de la segunda parte del trabajo. En este inciso veremos primero el - origen del vocablo "intelectual", posteriormente daremos la - definición específica a la que nos acabamos de referir, para después hacer lo propio con el término "intelligentsia"; por último, hablaremos brevemente sobre la tecnocracia, estableciendo las diferencias de matiz existentes entre los tecnócratas de la década de los cuarenta (que es cuando surge el término en nuestro país) y los tecnócratas de la actualidad,<sup>32/</sup> sobre los cuales haremos algunos comentarios antes de pasar a la segunda parte del trabajo.

El término "intelectual", (como sustantivo) surgió en Francia en 1898 con el "Manifeste des intellectuels" que el periódico "L'Aurore" publica el 14 de enero de ese año. En él, una serie de escritores, sabios y profesores (entre los que destacan Zola, France, Proust y Blum) piden la revisión del caso Dreyfus. Dieciseis años más tarde, A. Castault, escribiendo para la "Bibliothèque de Philosophie contemporaine" un artículo sobre el nuevo término "intelectual" afirma: "Ese recién creado ha hecho fortuna: es muy empleado. Sin embargo, para el común de las gentes sigue siendo bastante misterioso. Cuando se lo aplica a otro, se hace a veces con cierta ironía; sin embargo se siente alguna humillación cuando se le niega a uno y si no se adornan con él demasiado abiertamente es por temor a ser acusados de vanidad".<sup>33/</sup> A más de setenta años de dis-

tancia, la afirmación de Castault sigue siendo válida. No só lo eso, su utilización excesiva ha llevado a un reconocido hombre de letras mexicano a contestar lo siguiente cuando se le pidió definir lo que era un intelectual: "Yo no definiría el término 'intelectual'. Lo eliminaría del vocabulario moderno por gastado, confuso e inservible". 34/

Contraviniendo a Fuentes, intentaremos elaborar una definición "específica" de intelectual. Entrecomillamos la palábra porque, adaptando una perspectiva restringida del término, como es el caso tanto de nuestra definición "general" como de la que enunciaremos a continuación, nos percataremos del hecho de que esta definición "específica" corresponde a la que adaptan tácitamente los científicos sociales que se han ocupado del tema. El adjetivo sólo adquiere sentido al contrastar nuestra definición con acepciones mucho más generales que se han dado del vocablo "intelectual". Debemos advertir que la definición que veremos enseguida se hizo pensando en la segunda parte del trabajo (las relaciones entre los intelectuales y la política en México de 1910 a 1968), por lo tanto, resultaría insuficiente si se la pretendiera utilizar para investigaciones que considerasen períodos que fueran mucho más allá de los límites - cronológicos establecidos en este ensayo. Por otra parte, estamos conscientes de la existencia de casos concretos que escapan parcialmente a nuestra definición. Esto es inevitable en las ciencias humanas; sin embargo, consideramos que la definición propuesta responde con bastante acierto a los requerimientos del presente trabajo.

Un intelectual es toda persona que posee un amplio bagaje cultural como producto de una preparación académica elevada, bagaje que le permite ser creativo y al cual utiliza como instrumento para influir sobre otros intelectuales, la opinión pública, el gobierno o la sociedad en su conjunto. Esta definición no implica, por supuesto, que los intelectuales no posean también otras características (actitud crítica, discurso especializado, etc.) que veremos más adelante, más bien, podríamos decir que la definición anterior es una precondición y un complemento de las mismas.

Varias aclaraciones son necesarias. Utilizamos el término "cultural" en un sentido muy restringido. Queda obviamente descartada la acepción de "cultura" como el enorme cúmulo de tradiciones históricas que todo individuo lleva necesariamente consigo. Nos referimos aquí a la cantidad de conocimientos que se pueden acumular durante la vida de una persona. Sin embargo, no estamos haciendo referencia a cualquier tipo de conocimiento. El adjetivo "cultural" se contrapone y elimina a los posibles adjetivos "artístico", "técnico" y "científico". Al no utilizar el primero, estamos eliminando a todo tipo de artistas: músicos, pintores, escultores, etc. Al no utilizar el segundo, eliminamos a toda clase de ingenieros y profesiones afines; por último, el término "científico" hace referencia a los físicos, químicos, matemáticos, etc., que también quedan descartados. Nos quedamos entonces con tres ramas del saber humano: la literatura, las humanidades (historia y

filosofía) y las ciencias sociales (derecho, ciencia política y sociología). Esto no quiere decir que todo aquél que no se dedique a una de estas disciplinas esté imposibilitado para ser un intelectual, quiere decir únicamente que casi la totalidad de los intelectuales que veremos en la segunda parte de este trabajo fueron (o son) literatos, humanistas o científicos sociales que escribieron sobre cuestiones políticas y que en ocasiones decidieron ir más allá de las ideas y participar activamente en política.<sup>35/</sup> El hecho de que sean los estudiosos de las tres disciplinas antes mencionadas quienes se sientan atraídos por los problemas políticos, no es ninguna casualidad. Tanto la literatura, como las humanidades y las ciencias sociales, aunque desde diferentes puntos de vista, tratan al hombre y su entorno social. De aquí que resulte natural, en cierto sentido, el interés que estos intelectuales muestran no sólo por la investigación y discusión de cuestiones políticas, sino incluso, en algunos casos, por ingresar a la política práctica (en nuestro país esta política se reduce, casi en sentido estricto, durante el periodo considerado aquí, al partido oficial). De sobra está decir que, desde nuestro punto de vista, la posición exclusivamente teórica, por llamarla de alguna manera, es tan respetable como la que ve en la participación activa una posibilidad. El compromiso, antes que con los demás, es con uno mismo. Además, no todos los intelectuales - (más bien, muy pocos) tienen la capacidad para desempeñarse adecuadamente dentro del pragmático, y muchas veces acomodat

cio mundo de la política.

En relación a la creatividad a la que hacemos referencia, nuestra definición únicamente pretende poner énfasis en el hecho de que los intelectuales humanistas no sólo repiten o trasmiten conocimientos heredados, sino que son creadores, ya sea en el sentido literario o como generadores de nuevos análisis, enfoques o teorías. Debemos señalar también, para terminar - con estas aclaraciones sobre la definición propuesta, que al ingresar al aparato público, el bagaje cultural deja de ser el único instrumento con el cual el intelectual influye sobre el resto de la sociedad, ya que ahora parte importante de esta influencia estará constituida por el poder político que conlleva la ocupación de un puesto público. Sin embargo, este bagaje permanece como parte esencial de nuevo servidor público, es lo que lo diferencia de los demás e influye, con obvias límitaciones ciertamente, sobre su desenvolvimiento como hombre político.<sup>36/</sup>

Para complementar nuestra definición podríamos enumerar algunas de las muchas definiciones que se han hecho de los intelectuales para así dar una idea de lo que el término implica.<sup>37/</sup> Preferimos señalar las nociones que se repiten con mayor frecuencia en estos intentos por conceptualizar el vocablo. Estas son: actitud crítica con respecto a la sociedad en que viven (particularmente frente al Estado), utilización de un -

discurso especializado, búsqueda de la verdad (como quiera - que se la entienda), alto nivel de preparación académica, uso del intelecto como medio de vida, creación y/o evaluación de valores e ideas y, por último, énfasis en las humanidades. Es te último punto es importante por dos razones: por el peso que tiene dentro de la intelectualidad mexicana, y porque nos sir ve como punto de partida para una distinción entre intelectua les e "intelligentsia". Como Camp descubrió después de entre vistar a más de cuarenta intelectuales mexicanos, el factor - más común al momento de definir el término es la preparación y la perspectiva humanistas.<sup>38/</sup> En el caso de México, este - énfasis y consecuente desprecio del aspecto científico, se - explica principalmente por el atraso de la ciencia en nuestro país con respecto al resto del mundo y por lo que se conside- ra una especialización excesiva por parte de los investigado- res de esta rama del saber.

Aunque sabemos que las distinciones tajantes en ciencias sociales muchas veces son incapaces de aprehender la complejidad de la realidad, consideramos útil intentar una diferencia ción entre los intelectuales y la "intelligentsia". Esto lo hacemos con el fin de evitar un traslapo, muy común en nues- tros días, entre estos dos términos. Así como en el caso del término "intelectual", el vocablo "intelligentsia" posee en - la actualidad muchos significados.<sup>39/</sup> Con la definición que proponemos, no se pretende decir la última palabra al respecto,



sino plantear una distinción para el caso de México que, en caso de resistir las críticas que se le hagan, pueda ayudar a eliminar confusiones teóricas que impiden un análisis real sobre estas cuestiones y que frecuentemente llevan a interpretaciones equivocadas. La "intelligentsia" esta compuesta por todos los individuos que poseen una preparación científica (en ciencias exactas) elevada y que se dedican a la investigación y desarrollo de la disciplina científica estudiada. Se replicará que esta conceptualización es demasiado simplista y que con sólo agregar cierta influencia de este grupo sobre el resto de la sociedad tendríamos una "intelligentsia" intelectual, lo cual sería volver a una confusión de términos que se pretende erradicar. Sin embargo, ese no es el caso. El ya mencionado atraso de la ciencia en México con respecto a los países desarrollados, justo con una especialización cada vez mayor, ha llevado a los científicos mexicanos a ocupar un lugar sumamente alejado de la problemática social que los rodea. - Esto ha desembocado en un desprecio de los intelectuales en cuanto al papel político o social que un científico puede desempeñar y a una opinión bastante similar de la sociedad en general. La distinción establecida entre intelectuales e "intelligentsia" no es pues solamente de tipo académico (preparación en literatura, humanidades y/o ciencias sociales por un lado, preparación en ciencias exactas por el otro), sino - que también alude, desde un punto de vista político, a diferentes funciones de cada uno de estos grupos sociales. En otros países

y otras circunstancias sería imposible establecer esta dicotomía entre intelectuales e "intelligentsia", no así en el caso de México.<sup>40/</sup> Lo cual no quiere decir que esta situación no pueda modificarse. Ante un desarrollo tecnológico que de una manera u otra conllevará un mayor poder y peso social del gremio científico, el punto a debatir sería la magnitud de la influencia que la "intelligentsia" puede llegar a adquirir en el futuro. Sin embargo, este es un proceso de largo plazo, sujeto a una variable externa y que depende también de la disposición de los científicos para salir de sus laboratorios y adquirir un compromiso más directo con la sociedad.

Cuando en la parte histórica hablemos sobre la tecnocracia, debemos estar conscientes que cuando se utiliza este sustantivo para referirse a los nuevos hombres políticos surgidos en la década de los cuarenta, se hace referencia a un naciente conjunto de servidores públicos cuya característica esencial, la que los hace merecedores del adjetivo tecnócratas, es su preparación académica universitaria. Los viejos políticos, los cuales se habían formado, primero al calor de la lucha revolucionaria y posteriormente de manera personal, intuitiva, van siendo reemplazados por políticos profesionales, no improvisados (lo cual no quiere decir que los primeros hayan sido malos políticos, simplemente representaban una manera diferente de convertirse en hombres públicos). A esta característica, se irían agregando otros (como lo veremos al llegar al periodo en cuestión) hasta llegar al político-técnico de la ac-

tualidad, también denominado "tecnócrata". El hecho de que se siga utilizando la misma palabra evidencia una cierta continuidad práctica. Sin embargo, algunos puntos deben ser señalados. Durante el desarrollismo los tecnócratas, aunque fueron los responsables directos del "milagro mexicano", siempre estuvieron subordinados a los políticos.<sup>41/</sup> Con el agotamiento del modelo desarrollista esta situación cambia radicalmente. La economía deja de ser una actividad subordinada, legitimadora del poder netamente político; la economía se politiza. Los tecnócratas hacen lo propio y pasan a ocupar un lugar preponderante dentro del escenario político, ya que sólo ellos cuentan con las herramientas indispensables para solucionar los problemas económicos que empiezan a manifestarse en la década de los setenta (problemas que, primero el endeudamiento externo y luego el petróleo, permitirán posponer por algunos años, con las consabidas consecuencias). Esta auto-percepción, correcta en buena medida pero proclive a caer en excesos eficientistas, autocomplacientes y despóticos, será la que provoque una reacción, muchas veces irracional, por parte de los políticos populistas (así los llamaremos para diferenciarlos de los políticos tecnócratas). Estos ataques contra la tecnocracia no son algo nuevo ni en México, ni en el resto del mundo. En 1962, Louis Bodin escribía: "La tecnocracia declarada y estrictamente definida es rara, y los ensayistas o libelistas que presentan la "era de las tecnocracias" como un espantapájaros ceden a menudo a la pendiente de una demagogia fácil en lugar de pronunciarse luego de un análisis

sis serio".<sup>42/</sup> Como ya dijimos, este debate entre populistas y tecnócratas se inició en el caso de México, con el gobierno de Miguel Alemán.<sup>43/</sup> Sin embargo, el nuevo sesgo de esta disputa (que es el que se mantiene hasta la actualidad) lo da el fracaso de política económica que durante tres décadas (1940-1970) logró una tasa de crecimiento muy elevada. Sin embargo, como todo esquema de desarrollo, éste también tenía sus límites. Ante una serie de desequilibrios económicos y frente a un descontento social que se desboca en 1968, el Estado mexicano se ve obligado a modificar su estrategia. La élite en el poder tenía que transformarse para responder a las nuevas necesidades. El tecnócrata desarrollista deja de estar a la sombra de los políticos y en unos cuantos años llega a los más elevados puestos públicos. Los dos últimos presidentes de la República son paradigmáticos en este sentido: ambos desempeñaron carreras políticas de corte administrativo y nunca ocuparon un puesto de elección popular. La crisis del 82, y la manera de hacerle frente por parte del gobierno, convierte la oposición tecnócratas-populistas en un tópico muy discutido. Ante la reactivación de un viejo debate, es oportuno hacer algunos comentarios al respecto. Primero que nada debemos tener bien claro que los tecnócratas son tan políticos como los populistas. La autoconcepción de estos últimos como los "verdaderos políticos" es una falacia tras la cual se esconde una visión estática, y por lo tanto retardataria, del desarrollo histórico-político. En segundo lugar, una lucha intragubernamental en este sentido no puede más que debilitar al aparato

político y reducir, desde cualquier punto de vista, su eficiencia y capacidad de acción. La "oposición" se funda, creemos nosotros, en actitudes de tipo visceral, derivadas, en parte, del temor de los políticos populistas a ser desplazados cada vez más por los nuevos políticos técnicos. Los populistas descartan a los tecnócratas porque, según ellos, carecen de una perspectiva social, se encierran en sus conocimientos técnicos y confunden los medios con los fines. Los tecnócratas, a su vez, consideran a los populistas como demagogos que lo único que saben hacer es dar discursos. Además, no conocen más que la superficie de los problemas y son incapaces de solucionarlos porque no manejan los instrumentos técnicos adecuados. Si bien es cierto que podríamos encontrar algunos ejemplos que se aproximasen a los tipos ideales descritos, en el fondo la disputa es improcedente. En la administración pública es casi imposible determinar dónde concluye la labor meramente política y comienza el aspecto técnico. En la actualidad es cada vez más difícil que un puesto público sea eficiente y eficazmente desempeñado si no se posee tanto una perspectiva social como una preparación técnica. No podemos negar que existen puestos que requieren de una mayor especialización de tipo técnico, lo que debe buscarse es la cooperación y el trabajo conjunto en vez de perder el tiempo en intercambios despectivos, simplistas e inocuos. México no saldrá adelante si no promueve la formación de cuadros públicos que posean una perspectiva social y política amplia y que al mismo tiempo cuenten con los instrumentos técnicos que las necesida-

des y los tiempos reclaman.<sup>44/</sup>

## NOTAS

- 1/ Dos observaciones de tipo metodológico son importantes antes de empezar. En estas notas no aparecerá más que el título de la publicación, su autor (si no se ha mencionado ya dentro del texto) y la página de donde fue tomada la cita o la idea específica que se está tratando. Las referencias bibliográficas completas aparecen en la bibliografía que se encuentra al final del trabajo. Las citas sacadas de libros en inglés o francés fueron traducidas a nuestro idioma (los errores de traducción son responsabilidad mía).
- 2/ "El intelectual y la sociedad estadounidense" de Arthur M. Schlesinger, Jr. en Intelectuales, poder y revolución, de Gabriel Careaga, p. 102.
- 3/ Edward Shils así las denomina en su ensayo "Intellectuals" en la International Encyclopaedia of Social Sciences. Las "tradiciones" de Shils no corresponden exactamente con las "ideologías" de Gouldner (ver nota siguiente), pero en realidad lo que cambia son los términos utilizados: tradición revolucionaria por marxismo, y una combinación de cientismo y tradición del orden en lugar de positivismo. La tradición populista, como el mismo Shils señala, es descendiente directa del romanticismo.
- 4/ Ese es el sustantivo que utiliza Alvin Gouldner en su libro The Future of Intellectuals and the rise of the New Class, p. 42.
- 5/ Las Cartas filosóficas o Cartas inglesas de Voltaire aparecieron subrepticamente en Francia en 1734. Como consecuencia de su publicación, el gobierno giró una orden de arresto contra su autor. Norman L. Torrey, Les Philosophes p. 52. Si, de manera simbólica, tomamos esta fecha como punto de partida, desde entonces han transcurrido poco más de los 250 años que apuntamos en el texto.
- 6/ Shils, op.cit., p. 408.
- 7 / Positivista en el sentido de que se requiere de una comprensión "científica" de los problemas sociales, y romántico en cuanto a que, a través de su teoría del valor-trabajo, considera a la creatividad como un tema central. Gouldner, op.cit., p. 36.
- 8/ El ensayo de Carlo Marletti sobre los intelectuales en el Diccionario de Política de Bobbio y Matteucci (pp. 854-860) nos fue de utilidad para este segundo inciso.
- 9/ La cita es de Raymond Aron. Tomada de su introducción a El político y el científico de Max Weber, p. 9.

- 10/ Mannheim, Ideología y utopía, p. 138.
- 11/ "An Introduction to the Sociology of the Intelligentsia" de Aleksander Gella en The Intelligentsia and the Intellectuals, Aleksander Gella (editor), p. 19.
- 12/ Antología de Antonio Gramsci, pp. 487-488.
- 13/ Véase del mismo Gramsci, Los intelectuales y la organización de la cultura p. 18 y Política y sociedad pp. 22-24.
- 14/ Este dato aparece en la p. 81 de su libro Intellectuals and the State in Twentieth-Century Mexico. Algunas de las afirmaciones que aparecen enseguida están fundamentadas en el capítulo 5 ("Family Background and Education") de este libro (pp. 72-98).
- 15/ El hecho de que la UNAM, y las universidades públicas en general, posean un número cada vez mayor de alumnos, aunque es un punto importante a considerar, no contradice lo aquí dicho. La variable económica, es decir, las posibilidades materiales para poder dedicarse a ser un intelectual "de profesión", impide una relación causal entre el número de universitarios de clases menos favorecidas y el número de intelectuales "proletarios" (por llamarlos de alguna manera).
- 16/ Aunque, como ya se mencionó, Weber se preocupó profundamente por la política, nunca ocupó un cargo público. - Anthony Giddens, Política y sociología en Max Weber, p. 14.
- 17/ Ibid., p. 19.
- 18/ Por sociedad civil entendemos el conjunto de instituciones y mecanismos que quedan fuera del sistema estatal - propiamente dicho (por ejemplo: asociaciones privadas de todo tipo, partidos políticos, escuelas, sindicatos, etc.) La dicotomía Estado-sociedad civil es un instrumento analítico, no un hecho real. Como sabemos, existen instituciones que ocupan posiciones intermedias y que son imposibles de ubicar de manera exclusiva en una de las dos - instancias de la dualidad mencionada, incluso existen y han existido organismos que transitan de una a otra de estas instancias. Ver "Gramsci: Estado y sociedad civil" en El sujeto de la historia de Carlos Pereyra, pp. 210-211.
- 19/ La cita es del propio Gramsci. Citado por L. Ignacio Lacasta en Revolución socialista e idealismo en Gramsci, p. 93.



- 20/ Gramsci dio tres versiones diferentes a la interrelación entre cuatro conceptos clave dentro de su obra: sociedad civil, estado, hegemonía y coerción. Sin embargo, la predominante y más importante para el destino ulterior de su trabajo es la que afirma que la hegemonía es exclusiva de la sociedad civil y la coerción lo es de la sociedad política o Estado. En la medida en que la sociedad civil posea mayor solidez y autonomía respecto al Estado, mayor será entonces la importancia del papel que los intelectuales podrán desarrollar como mantenedores del sistema (si son burgueses) o como socavadores del mismo (si son proletarios). Ver Ibid., pp. 84-99.
- 21/ El liberalismo mexicano, como el de toda hispanoamérica, sufrió importantes modificaciones con respecto al liberalismo europeo. Ante la poca cohesión de los estados recién independizados, la debilidad de sus sociedades civiles, la escasa educación del pueblo, y el inmenso poder político de la Iglesia y el Ejército, se acentúan los contenidos autoritarios y elitistas del liberalismo continental, se desecha el aspecto económico del mismo y se da una importancia primordial al abatimiento de las prerrogativas corporativas de la organización eclesiástica. El liberalismo importado del Viejo Continente y de los Estados Unidos fue utilizado por los políticos e ideólogos mexicanos del siglo XIX como un referente teórico del cual, en la práctica, se alejaban cada vez más.
- 22/ Camp. op.cit., p. 213.
- 23/ Luis González, Historia General de México, tomo III, p. 226.
- 24/ Como guía para la redacción de este inciso tomamos el ensayo bibliográfico que aparece al final del libro ya citado de Roderic A. Camp (pp. 267-272).
- 25/ Gouldner, op.cit.
- 26/ Por "intelligentsia" Gouldner entiende a los técnicos e ingenieros que acompañan, y muchas veces dirigen, el desarrollo económico, industrial y tecnológico del mundo contemporáneo. Aunque al principio de su libro Gouldner afirma que el surgimiento de la nueva clase se está dando a nivel mundial, su análisis se centra en los países industrializados, sean éstos capitalistas o socialistas. Más adelante propondremos un uso más limitado del término "intelligentsia" para el caso de México.
- 27/ Gouldner, op.cit., pp. 6 y 7.

- 28/ No vamos a entrar aquí al intrincado problema de definir lo que es una clase social, únicamente haremos algunos - señalamientos que nos parecen pertinentes. Aunque fue - Marx el primero en estudiar el término, "nunca dio una de finición explícita del concepto de clase a pesar de que construyó sobre él toda su teoría de la sociedad y de la historia". (Diccionario de Política, p. 267). Posteriormente a Marx, se hicieron varios intentos por definir y ampliar el término (el más importante para la sociología contemporánea es el realizado por Max Weber), pero aún en la actualidad no hay un consenso en cuanto a su significado. Gouldner es muy claro al exponer sus razones para utilizar el término (ver Gouldner, op.cit., p. 8) y Bodin tampoco deja lugar a dudas: "En nuestros días, cualesquiera que sean los criterios elegidos para definir una clase --ya se coloque el acento en el nivel de vida, en el género de vida, en la posición ocupada en el sistema de producción, en la conciencia de clase, etc.-- no parece imposible hablar de una clase intelectual."\* - (Louis Bodin, Los intelectuales, p. 40).
- 29/ Por ejemplo, George Konrád e Ivan Szelenyi en su libro Los intelectuales y el poder político (un "samizdat" - de 1974) escriben: "Creemos que las diferencias entre intelectuales y burócratas se van extinguiendo gradualmente. No vamos a negar que hay conflictos, a veces - bastante importantes, entre "intelectuales libres" (aca<sup>d</sup>émicos, artistas, profesores) y tecnócratas (ingenieros, físicos, etcétera) por un lado, y la burocracia del partido por otro. No obstante, opinamos que estos conflictos se hallan en vías de extinción y son, crecientemente, subordinados a los conflictos entre la clase obrera y una nueva clase de intelectuales, de la cual la burocracia constituye una parte. En otras palabras, si es que existen una nueva clase dominante en la Europa del Este ha sido compuesta, por lo menos desde los años sesenta, de la "intelligentsia" en su conjunto mejor que meramente de la burocracia definida en términos muy limitados". (p. 9). Sin embargo, debemos apuntar que hasta hace algunos años esta postura seguía siendo una excepción. Ver el artículo "The Intellectual as Critic and Rebel: With Special Reference to the United States and the Soviet Union" de Lipset y Dobson en la revista Daedalus, especialmente pp. 148 a 159 y específicamente la nota 61 (p. 152).
- 30/ Camp, op.cit., p. 270.
- 31/ Mencionamos a Krauze en una nota porque, aunque también ha escrito artículos y pequeños ensayos dedicados al tema, sus únicos dos libros en los que se ocupa de los intelectuales se refieren a cuestiones muy específicas: el

grupo de los "Siete Sabios" en uno, y la vida Daniel Cosío Villegas en el otro. El primero se titula Caudillos Culturales en la Revolución Mexicana y el segundo Daniel Cosío Villegas: Una biografía intelectual. Camp considera a estos dos libros como lo mejor que un mexicano ha escrito sobre los intelectuales y la política en nuestro país.

- 32/ Agradezco a mi compañero Alfredo Cuevas las valiosas observaciones que me hizo sobre este punto.
- 33/ Bodin, op.cit., p. 8.
- 34/ Esta tajante afirmación de Carlos Fuentes aparece en el número 22 de la revista "Línea" (Pensamiento de la Revolución). Esta publicación del Comité Ejecutivo Nacional del PRI dedicó ese número a los intelectuales y la política. Dentro del texto, además de varios artículos relativos al tema, aparecen diez entrevistas a intelectuales de varios países, entre ellas la realizada a Fuentes (la cita es de la p. 52). En la segunda parte del trabajo - nos referiremos a esta publicación como Línea.
- 35/ Las disciplinas mencionadas no corresponden exactamente con los estudios superiores realizados por cada intelectual. Debemos recordar que durante las primeras décadas del presente siglo la vocación humanista (en un sentido amplio) tenía como único cauce el estudio del derecho. Esto explica, por ejemplo, que la inmensa mayoría de los intelectuales que participaron en la Revolución fueran abogados. Con el tiempo, esta rama del saber fue perdiendo su amplitud de miras ante la evolución propia de otras disciplinas que eventualmente se convertirían en ciencias sociales autónomas, como es el caso de la sociología y la ciencia política. A esta "deshumanización" de la jurisprudencia, se debe agregar una tecnificación y especialización crecientes de la misma como producto del desarrollo natural de la sociedad.
- 36/ Debemos enfatizar el hecho de que tanto la definición - "general" como la que acabamos de apuntar, adaptan una visión restringida respecto al problema teórico de los intelectuales. Nuestro enfoque enfatiza dos puntos (el aspecto creativo y la preparación académica elevada) que imposibilitan la extensión del término a grupos sociales numerosos, como podrían ser los sacerdotes, los maestros, los periodistas o los líderes de opinión de la radio y la televisión. Perspectivas más amplias que la adoptada aquí, necesariamente tendrían que considerar a estos grupos y su influencia sobre la sociedad.

- 37/ En el tercer capítulo de su libro (pp. 33-38), Camp presenta un buen número de estas definiciones.
- 38/ Camp, op.cit., p. 39. El autor utiliza las palabras "humanistic backgrounds". Esta noción es muy similar a la connotación que le dimos al término "cultural" en nuestra definición específica de intelectual.
- 39/ Gella, op.cit., p. 23, reconoce siete diferentes acepciones. Históricamente hablando, el término "intelligentsia" se refiere a un fenómeno muy concreto: el estrato social surgido hacia 1860 en Rusia y Polonia. Este estrato estaba compuesto por miembros de la nobleza terrateniente que ante el deterioro del sistema feudal en el caso de Rusia y por la discriminación legal de la nobleza en Polonia (repartida en ese entonces entre las potencias en turno), buscaron mantener en un medio urbano su tradicional estilo de vida. Esto los llevó a constituir un segmento educado que se diferenciaba claramente de otros grupos sociales, especialmente de las aburguesadas clases medias. Sin embargo, no era sólo la educación y una determinada herencia cultural lo que separaba a la "intelligentsia" del resto de la sociedad, sino también una específica combinación de características psicológicas, costumbres, modos de vida, status social y, sobre todo, un determinado sistema de valores (~~ver Gella, ibid.~~ op.cit., p. 13). Este es el sentido original del término, del cual se derivan todas las utilizaciones posteriores. Existe también la tendencia a denominar "intelligentsia" al grupo más selecto de los intelectuales de cada país; en este caso, nos parece más indicado hablar de "élite intelectual".
- 40/ En la Unión Soviética, por ejemplo, la lucha por reivindicaciones sociales y políticas es llevada a cabo tanto por los intelectuales como por la "intelligentsia". El Comité Pro Derechos Humanos establecido en 1970 estaba compuesto por Andrei Sakharov, Adrei Tverdokhiebov y Valery Chailidze, tres físicos. (Ver Lipset y Dobson, op.cit., p. 151).
- 41/ Cosío Villegas escribía en 1966: "... los profesionistas que vienen participando en tantas y tan importantes posiciones oficiales, han sido llamados a ellas como técnicos y de ningún modo como políticos, o sea, que participan en la administración, pero no en el gobierno del país." "El intelectual mexicano y la política" en Intelectuales, poder y revolución de Gabriel Careaga, p. 227. Líneas adelante Cosío Villegas denomina "tecnócratas" a estos profesionistas en ascenso.
- 42/ Bodin, op.cit., p. 71.

43/ Camp. op.cit., p. 220.

44/ Hace más de cincuenta años Gramsci escribía: "El modo de ser del nuevo intelectual ya no puede consistir en la - elocuencia motora, exterior y momentánea, de los afectos y de las pasiones, sino que el intelectual aparece insertado activamente en la vida práctica, como constructor, organizador, "persuasivo permanente" no como simple orador -y sin embargo superior al espíritu matemático abstracto: a partir de la técnica-trabajo llega a la técnica-ciencia y a la concepción humanista histórica, sin la cual se es "especialista" y no se llega a ser "dirigente" (especialista + político)". Los intelectuales y la organización de la cultura, p. 15.

"No hay un solo intelectual que no se sienta atraído por el ejercicio del poder. Por una parte, porque se presenta como una posibilidad de salir de su gabinete de estudios y traducir, en cosas concretas, lo que escribe, lo que propone y, por otra parte, porque, yo diría, un intelectual que es verdaderamente intelectual es ya, en cierto modo, un hombre de poder. Se trata si se quiere, de una cuestión de grados. En efecto, qué es escribir si no intentar ejercer una influencia sobre los demás."\*

Jacques Attali

### III. LOS INTELECTUALES EN MEXICO

#### a) LA REVOLUCION

Refiriéndose a la Revolución Mexicana, Cosío Villegas - afirma: "La aportación del intelectual a su ideología es penosamente limitada en número, calidad y eficacia." <sup>45/</sup> En contraposición, Careaga escribe: "La Revolución Mexicana no sólo fue obra de sus líderes, sino también de sus intelectuales, - que con sus ideas y planes trataron de dar vida organizada - desde el punto de vista cultural e ideológico a ese movimiento..." <sup>46/</sup> Víctor Alba, más cauteloso, busca un punto de equilibrio: "Frente a quienes estiman que la Revolución no ha sido producto de una ideología previa, podemos colocar, por lo menos, a unos cuantos clarividentes que afirmaban la necesidad, no de una reforma de las instituciones, sino de una transformación social radical basada en un programa y una ideología. Fueron los menos, es cierto, pero no faltaron: Ricardo Flores Magón y Molina Enríquez son sus teorizantes principales." <sup>47/</sup> Carlos Fuentes corrobora esta posición intermedia: "La revolución mexicana fue demasiado espontánea, demasiado ajena a dogmas y doctrinas (aunque no careció de excelentes pensadores políticos como Andrés Molina Henríquez (sic), Luis Cabrera y los hermanos Flores Magón)." <sup>48/</sup>

La Revolución Mexicana no contó con un pensamiento sistemático precedente que determinara el rumbo a seguir, pero tam

poco fue un movimiento nacido en un vacío de ideas. Además - de los pensadores mencionados en las citas anteriores, podemos señalar a Wistano Luis Orozco, a Camilo Arriaga y demás miembros (excluyendo a Flores Magón, ya mencionado) de lo que Cockroft denomina el "movimiento precursor",<sup>49/</sup> y a algunos integrantes del Ateneo de la Juventud, como precursores intelectuales de la Revolución Mexicana.<sup>50/</sup>

Mucho se ha hablado sobre el papel del Ateneo de la Juventud en el inicio del movimiento revolucionario. Si bien es cierto que la importancia política de sus miembros es casi nula, su crítica al positivismo era un ataque indirecto a varios aspectos centrales del porfiriato: su carencia de valores humanistas, su rigidez educativa, su despreocupación de la miseria, su falta absoluta de moralidad y su actitud entreguista frente al colonialismo económico y cultural. De aquí que Carlos Monsiváis no dude en considerarlos "precursores directos" de la Revolución.<sup>51/</sup>

Los ateneístas más destacados fueron: Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Pedro Henríquez Ureña, Antonio Caso, Martín Luis Guzmán, Julio Torri y Enrique González Martínez.<sup>52/</sup> De ellos, únicamente Vasconcelos y Guzmán participarán de manera activa en la Revolución, actuando, por muy poco tiempo, como consejeros de Villa.<sup>53/</sup> El Ateneo había sido fundado en 1909 como una agrupación cultural; cinco años más tarde el grueso



del grupo ateneísta se había disuelto. Ante el triunfo carrancista, la mayoría de los ateneístas abandonan el país. Algunos por haber participado en el huertismo y otros (Vasconcelos y Guzmán) por haber colaborado con Villa. La atracción que el régimen de Huerta ejerció sobre los intelectuales es una cuestión no tratada hasta ahora y que plantea interesantes interrogantes.<sup>54/</sup> ¿Cómo se explica que un gobierno que nunca gozó de estabilidad y que siempre careció de legitimidad, como es el caso del régimen huertista, fuera capaz de atraer a intelectuales como Toribio Esquivel Obregón, Nemesio García Naranjo, Salvador Díaz Mirón, Enrique González Martínez, José Juan Tablada y Julián Carrillo? Incluso jóvenes que más tarde destacarían por su pensamiento progresista como Vicente Lombardo Toledano y Jesús Silva Herzog colaboraron de alguna manera con el gobierno emanado de la Decena Trágica.<sup>55/</sup> Por otra parte, varios miembros del Ateneo abandonan el país por decisión personal. Entre los que así lo hacen destacan Henríquez Ureña y Alfonso Reyes. El primero sale del país al desbocarse una Revolución que no era la suya (Henríquez Ureña era dominicano). El segundo, uno de los más grandes literatos de nuestro país, político por herencia más no por vocación, marcha a Europa en 1913. Injusto sería hablar del Ateneo sin mencionar su principal logro educativo: la creación de la Universidad Popular en 1912. Esta universidad "fue la primera institución libre de cultura, destinada a la divulgación de las ideas en los talleres y en los centros populares y prolon

gó su obra por diez años, a pesar de la situación inestable provocada por el movimiento revolucionario."<sup>56/</sup>

Andrés Molina Enriquez y Wistano Luis Orozco, abogados am bos, son los autores de los dos mejores análisis de la situación agraria en México antes de la Revolución. Orozco escribió en 1895 el libro Legislación y jurisprudencia sobre terrenos baldíos, en el cual, desde un enfoque jurídico que no descuida los aspectos sociales y económicos, denuncia por primera vez la vergonzante situación del campo durante el régimen porfirista. Por su parte, Molina Enriquez es el autor de Los grandes problemas nacionales, la obra más importante sobre temas sociales escrita bajo la dictadura. El libro apareció en 1909 y fue uno de los textos que más influyeron sobre el ideario revolucionario. En él, siguiendo un método riguroso, Molina Enríquez hace un análisis socioeconómico de la dictadura. Su principal conclusión, en el aspecto económico, es que los latifundios debían ser repartidos para crear la pequeña propiedad y proteger por medios legales la propiedad comunal. El encargado de hacer estos cambios, debía ser el Estado, tomando como base la idea del "interés social". Molina Enríquez participó activamente en la primera fase de la Revolución, levantándose con el Plan de Texcoco en agosto de 1911 contra el gobierno interino de León de la Barra y en favor de Emilio Vázquez Gómez. Uno de los objetivos principales de su levantamiento, que fracasó y por el cual fue encarcelado dos años,

era el fraccionamiento de las grandes propiedades. Molina Enríquez volvería a aparecer políticamente hasta 1917, aunque no dejó de ejercer el periodismo político en el ínterin. En ese año, el teórico agrarista más importante de la Revolución participa como asesor en el Congreso Constituyente de Querétaro.

Ni Orozco ni Molina Enríquez eran radicales en sus planteamientos. Los dos eran liberales progresistas que criticaron, a través de sendos escritos, al régimen porfirista, pero sus propuestas no fueron de ninguna manera revolucionarias.<sup>57/</sup>

La oposición de los ateneístas al régimen porfirista fue de índole académica, netamente intelectual. En contraste con ello, tenemos la oposición más práctica llevada a cabo por cuatro hombres que supieron combinar las ideas con la acción política. Ellos son: Camilo Arriaga, Antonio Díaz Soto y Gama, Ricardo Flores Magón y Francisco I. Madero. El primero funda en 1900 el Club Liberal "Ponciano Arriaga" en San Luis Potosí. Este club, que se inició como un moderado revindicador del liberalismo juarista, se convirtió al poco tiempo en el principal foco opositor del régimen porfirista. Alrededor de él se organizaron clubes liberales en varios estados de la república demandando la ampliación de las libertades de reunión y expresión, hasta constituir una amenaza para la estabilidad política del sistema. En 1903 el aparato represivo de la dictadura logra desmantelar el club potosino y sus principales líderes son encarcelados o se ven obligados a exiliarse. Al -

principio, Soto y Gama, Flores Magón, y otros dos jóvenes del movimiento, Librado Rivera y Juan Sarabia, apoyan decididamente a Arriaga, pero no transcurre mucho tiempo sin que surjan diferencias. En 1904 Soto y Gama abandona las actividades políticas por razones personales y al año siguiente Flores Magón decide separarse de su antiguo líder por considerar que la lucha contra la dictadura debía ser más radical de lo que Arriaga pretendía. Rivera se une incondicionalmente a Flores Magón; Sarabia, más cauto, toma una posición intermedia. Ese mismo año (1905) Flores Magón funda el Partido Liberal Mexicano (PLM), cuyo programa, redactado en Saint Louis Missouri en 1906, está considerado como el documento precursor más importante de la Constitución de 1917.<sup>58/</sup> El PLM, que disimula desde un principio sus tendencias anarquistas para lograr un mayor arraigo,<sup>59/</sup> fue la principal fuerza política detrás de las huelgas que se dieron entre 1906 y 1908 (Cananea y Río Blanco entre ellas) e incluso llegó a organizar levantamientos armados en algunas ciudades del norte. Sin embargo, estos levantamientos no tuvieron la organización ni el apoyo necesarios y fueron rápidamente sofocados. Al iniciarse la Revolución, algunos elementos del magonismo, entre los que destacaban Antonio I. Villarreal, Lázaro Gutiérrez de Lara y Manuel Sarabia, entran en desacuerdo con Flores Magón respecto a una posible alianza con el maderismo. Ante la renuencia absoluta de este último para entrar en arreglos con Madero, los primeros deciden abandonar el PLM y fundan el Partido Liberal Nacio

nal. La negativa de Flores Magón no impide que al principio de la lucha maderistas y magonistas combatan del mismo lado.<sup>60/</sup> Madero busca un entendimiento con el magonismo, con este propósito, manda a Juan Sarabia y Jesús Flores Magón como emisarios. Todo en vano; a fines de 1911 se da el rompimiento definitivo. Meses antes miembros del PLM habían logrado apoderarse temporalmente de Tijuana y Mexicali. Estos triunfos serían los últimos del movimiento magonista. Ante la presión de las autoridades mexicanas Flores Magón se ve obligado a exiliarse una vez más a los Estados Unidos y ahí no es menor la presión ejercida por los investigadores privados de ese país, que tienen la orden de aprehenderlo. La oportunidad del PLM para poder ir más allá de éxitos temporales y muy localizados se pierde por la intransigencia doctrinaria de su líder y por las divisiones internas que se suscitan cuando mayor debía ser la cohesión del movimiento. Si a esto agregamos la incapacidad mostrada por los magonistas para convertirse en organizadores y representantes políticos del campesinado, el encarcelamiento de Ricardo y Enrique Flores Magón en prisiones norteamericanas en 1911 y el ascenso vertiginoso del carismático Madero, tenemos entonces algunas de las variables más importantes que explican el fin del magonismo como parte activa del movimiento revolucionario.<sup>61/</sup>

En 1909, Francisco I. Madero publica su libro La sucesión presidencial en 1910.<sup>62/</sup> Poco tiempo después, este acaudala-

do comerciante y hacendado coahuilense desencadenaría el movimiento revolucionario. Destacados intelectuales formarán parte del maderismo. Entre ellos destacan el periodista y escritor Félix Palavicini, el filósofo José Vasconcelos, el periodista Filomeno Mata (fundador y director del "Diario del Hogar", periódico que desde 1881 atacó implacablemente al régimen de Díaz), el abogado y periodista Luis Cabrera, el ya mencionado Camilo Arriaga, el jurista Toribio Esquivel Obregón y los hermanos Emilio y Francisco Vázquez Gómez. Sin duda alguna, mucho hubieran podido hacer estos intelectuales por el inexperto e ingenuo régimen maderista;<sup>63/</sup> sin embargo, las luchas internas y la deserción fueron, como en el caso de los miembros del movimiento precursor, una constante. Arriaga y Vasconcelos organizan por su cuenta, junto con otros intelectuales y revolucionarios (Francisco J. Múgica y Gildardo Magaña, futuro zapatista, entre ellos) el Complot de Tacubaya en marzo de 1911. Este intento promaderista por derrocar al dictador fracasa y la mayoría de los implicados son encarcelados. Vasconcelos logra huir a los Estados Unidos para regresar unos meses más tarde y entrar triunfalmente a la ciudad de México al lado de Madero en junio de 1911. En octubre de ese mismo año un ex-miembro del PLM, el periodista Paulino Martínez, se levanta en favor de los hermanos Vázquez Gómez contra Madero en el Plan de Tacubaya. En él, Martínez declara que Madero no ha cumplido con lo estipulado en el Plan de San Luis y que lo único que se ha llevado a cabo es una transferencia de la

silla presidencial. La revuelta no tuvo éxito, Martínez y Francisco Vázquez Gómez se unieron al zapatismo; Emilio, por su parte, se une a Pascual Orozco cuando, el que alguna vez fuera el principal brazo armado de Madero, se levanta contra su antiguo jefe en marzo de 1912.<sup>64/</sup> Por otro lado, Esquivel Obregón, otro de los intelectuales promaderistas al inicio de la lucha armada, va adoptando una posición cada vez más conservadora y llegará a ser Ministro de Hacienda en el gabinete de Huerta.

Uno de los obstáculos más grandes que Madero encontró en su intento por lograr la estabilidad del país fue la enconada oposición que casi desde el inicio de su gobierno le presentó el zapatismo. Madero aseguró a Zapata que si aceptaba desarmar sus fuerzas, la tierra que reclamaba sería repartida entre los campesinos cuando él fuera elegido presidente. En un principio, Zapata aceptó, pero a los pocos días su ejército fue atacado por las fuerzas del general Victoriano Huerta, en ese entonces a las órdenes de Madero. Al respecto, Cockroft aclara: "Técnicamente, Madero no traicionó a Zapata, sino que el general Huerta actuó contra los deseos de Madero. Sin embargo, Madero nunca trató de compensar tan desafortunados incidentes, nunca distribuyó tierra al campesinado y, con su actitud cauta, ató de manos aun a sus mismos seguidores."<sup>65/</sup>

Dos fueron los principales consejeros intelectuales que colaboraron en la causa zapatista: el profesor Otilio Montaña

y el abogado, y antiguo miembro del movimiento precursor y del PLM, Antonio Díaz Soto y Gama.<sup>66/</sup> El primero de ellos fue colaborador de Zapata desde el inicio de la Revolución y es considerado como el principal redactor del Plan de Ayala. Soto y Gama se unió a Zapata hasta 1914, pero sería él quien radicalizaría el ideario zapatista. No debemos olvidar lo moderados que eran los primeros planteamientos de este movimiento. El Plan de Ayala (aparecido en noviembre de 1911) "preveía la restitución de tierras a los campesinos que mostraran su título de propiedad, y de la expropiación de sólo una tercera parte de las tierras de los latifundios, previa indemnización".<sup>67/</sup>

Otro plan zapatista, el de Milpa Alta, aparecido en 1914, es más radical y más completo que su antecesor. Además de Soto y Gama, varios ex-miembros del PLM se habían unido ya para ese entonces a las filas zapatistas y ello se refleja en el contenido y redacción del nuevo plan.<sup>68/</sup> Tanto Montaña como Soto y Gama participaron en la Convención de Aguascalientes, (de la que llegaron a ser vicepresidentes) como representantes de Zapata y fue gracias a su valentía y habilidad, sobre todo del segundo, que la facción zapatista fue dominando gradualmente dentro de la asamblea.<sup>69/</sup> Sin embargo, la Convención es disuelta en mayo de 1916 y el zapatismo entra en vertiginosa caída. En 1917, conflictos internos terminan con la vida de Otilio Montaña y Eufemio Zapata, hermano de Emiliano. Al año siguiente, Manuel Palafox desconoce a Zapata y proclama su proprio Plan de Ayala. En abril de 1919 Zapata es víctima de una



celada y muere acribillado en la hacienda de Chinameca. Con la muerte del líder surge otra crisis interna que se resuelve finalmente en favor de Magaña. A mediados de 1920 lo que quedaba del ejército zapatista entra a la ciudad de México escoltando al victorioso general Obregón.<sup>70/</sup>

Al mencionar a los colaboradores intelectuales de Madero líneas atrás, vimos entre ellos a Luis Cabrera. Este abogado, partidario del reyismo antes de pasar a las filas de Madero, se convertirá a la muerte de éste en el más fiel y destacado de los consejeros y colaboradores de Venustiano Carranza. Su influencia sobre el movimiento revolucionario se inicia desde 1909, desempeñándose como periodista en los diarios "El Partido Democrático", "El Dictamen" y "Diario del Hogar". Los artículos escritos por Cabrera bajo el seudónimo (anagrama) Lic. Blas Urrea están considerados como breves ensayos analíticos que denotan un profundo conocimiento de la realidad nacional y que contribuyeron al socavamiento del régimen porfirista.<sup>71/</sup> En 1912 Cabrera participa en la XXVI Legislatura, cuya importancia para la Revolución es mayor de lo que suele concedérsele: "Fue allí donde la Revolución empezó a organizar sus programas de reformas socio-económicas y donde adquirió una verdadera proyección histórica el movimiento revolucionario de 1910."<sup>72/</sup> La legislatura, elegida mediante un proceso democrático en julio de 1912, estaría compuesta por diversos grupos y partidos. Representantes del viejo orden, del Partido

Católico, algunos que se autodenominaban independientes (Juan Sarabia y Heriberto Jara entre ellos) y, la fuerza más progresista de la Cámara: el Bloque Renovador. Entre los miembros del Bloque destacaban Félix Palavicini, Alfonso Cravioto, Gustavo Madero (hermano de Francisco) y Luis Cabrera. En diciembre de ese año Cabrera pronuncia un memorable discurso, en el que analiza la cuestión de la tierra en México y afirma que el Estado está obligado a reconstituir los ejidos a los pueblos. El gobierno maderista se ve amenazado por varios frentes, va perdiendo popularidad y es incapaz de lograr la estabilidad deseada. "El Bloque Renovador no encontró apoyo en Madero, quien no quiso o no pudo comprender la verdadera situación del país. Cabrera, presintiendo el caos que esa revolución inconclusa iba a desencadenar, decidió salir del país."<sup>73/</sup> En 1913 Cabrera regresa y se une al ejército constitucionalista de Carranza; se iniciaba así una relación entrañable entre estos dos hombres, entre un intelectual y un político, relación que solamente llegaría a su fin con la muerte del segundo en 1920.

La contribución más importante de Cabrera al carrancismo, y a la Revolución en general, fue la Ley del 6 de enero de 1915. Mediante este texto, Cabrera otorgaba una base legal a la reforma agraria y al mismo tiempo daba a Carranza y a los constitucionalistas la legitimidad que tanto necesitaban en lo que se refiere a la cuestión de la tierra.<sup>74/</sup> Sin embargo,

la ayuda prestada al líder constitucionalista fue mucho más allá de esta disposición legal. Como Secretario de Hacienda, Cabrera llevó a cabo importantes reformas en materia monetaria, fiscal y de deuda. Fue presidente de la Comisión Mexicana en cargada de las extremadamente difíciles relaciones con los - Estados Unidos durante esos años<sup>75/</sup> (recordemos que en 1914 - se lleva a cabo la invasión al puerto de Veracruz y en 191<sup>6</sup> el ataque de Villa a la población de Columbus, mismo que provoca la fracasada expedición punitiva). En 1918 Cabrera recorre varios países sudamericanos como representante oficial y durante los dos últimos años de la presidencia de Carranza vuel ve a ocupar el ministerio de Hacienda.<sup>76/</sup>

Como mencionamos líneas atrás, la XXVI Legislatura fue la fuente de donde surgieron los primeros proyectos de reformas sociales y económicas de la Revolución. Estos proyectos, que trataban no solamente la cuestión agraria sino también los - problemas relacionados con la situación de los obreros, nunca se materializarían. Lo mismo sucede con los documentos emana dos de la Convención de Aguascalientes. Ya vimos los repre sentantes más importantes del zapatismo en esta Convención; por parte de Villa, su representante y delegado fue el abogado Roque González Garza, que llegaría a ser presidente de la mis ma de enero a junio de 1915. González Garza fue quien propuso, moción que fue aceptada, la adopción del Plan de Ayala por par te de la Convención y quien redactó el manifiesto de noviembre

de 1914 en el que por primera vez en la historia del país un gobierno acepta el principio de la reforma agraria.<sup>77/</sup> Este manifiesto sirvió de base al "Programa de Reformas" que la Convención aprueba a mediados de 1915. Refiriéndose a este último, Alba escribe: "No hay duda que formula más claramente - que ningún otro documento revolucionario un programa y que en él se atiende a la unión de intereses obreros y campesinos, a pesar de que los primeros, representados por la Casa del Obrero Mundial, habían llegado a un acuerdo con Carranza, enemigo de la Convención, y se desentendían prácticamente del problema agrario."<sup>78/</sup> Antes que nada, debemos matizar la afirmación anterior con respecto a presentar a la Casa del Obrero Mundial (COM) como representante de todos los obreros mexicanos. Si bien es cierto que la COM logró atraer a un buen número de gremios, no debemos olvidar que los mejor organizados (ferrocarrileros, trabajadores textiles y empleados de las industrias extractivas de petróleo) nunca ingresaron a la Casa. Es cierto que esta organización obrera se desatendió, a causa de las tendencias anarcosindicalistas que predominaron en ella en un principio, del problema de la tierra. Esta falta de visión fue una de las causas del fracaso de la organización, de la misma manera que la incapacidad de la Convención para atraerse al movimiento obrero influyó en su escaso alcance práctico, lo cual no quiere decir que su influencia ideológica sobre la Revolución no haya sido considerable.

Hasta aquí hemos visto que la principal preocupación de los teóricos revolucionarios era la cuestión agraria. Esto se explica porque el problema de la tierra era, sin duda alguna, el problema social más importante legado por el porfiriato. La Revolución Mexicana fue una revolución fundamentalmente - agraria, pero esto no implica que el incipiente movimiento - obrero no haya participado en la lucha.<sup>79/</sup> La COM había sido fundada en 1912 por un grupo de socialistas mexicanos (Rafael Pérez Taylor, Manuel Sarabia y Antonio Díaz Soto y Gama entre ellos) bajo la dirección de anarquistas europeos, principalmente españoles. Hasta 1914 las ideas anarcosindicalistas - predominaron, pero a partir de ese año líderes más moderados, como Gerardo Murillo (el Dr. Atl), van imponiendo una línea socialista más transigente. En febrero 1915 la Casa firma un pacto con Carranza por medio del cual se adhiere a éste en su lucha contra el zapatismo y el villismo. Es importante hacer aquí una digresión sobre este último. Los errores, que probablemente hubieran podido ser evitados si Villa hubiera contado con asesores intelectuales capaces, determinaron en no escasa medida el fracaso del villismo como proyecto político. El primero fue el no haber tomado una posición resuelta y temprana con respecto al campesinado. La ley agraria de Villa apareció en junio de 1915, cuando la División del Norte había sido completamente derrotada por el ejército constitucionalista. El segundo fue una actitud similar con respecto al movimiento obrero. Villa jamás hizo pronunciamiento alguno en re

lación con los trabajadores y nunca hizo un intento por acercarse a los líderes de la COM, que en cierto sentido se vieron orillados a una alianza con Carranza si no querían desaparecer en medio de principios meramente doctrinarios que no significaban poder real alguno. La Convención de Aguascalientes había reunido en el papel a dos grandes fuerzas revolucionarias, el zapatismo y el villismo; sin embargo, la incapacidad del primero para trascender su localismo y la torpeza del segundo para aprovechar sus triunfos militares iniciales, determinaron la pérdida de poder y eventual desaparición de la Convención. Regresamos al pacto COM-Carranza. Como producto del mismo, se forman los insígnos Batallones Rojos, integrados en su totalidad por trabajadores de diferentes oficios (carpinteros, sastres, albañiles, tranviersos, etc.). Una vez derrotados los convencionistas, los batallones son desmovilizados y al poco tiempo la Casa entra en graves conflictos con Carranza, al verse afectados los salarios de los trabajadores a consecuencia de la elevada inflación imperante. Ante la amenaza de huelga general convocada por los líderes de la COM, el líder constitucionalista clausura la organización en 1916, envía tropas a los centros de trabajo, aprehende a sus dirigentes y está a punto de fusilar a Enrique Velasco, uno de los principales líderes del fallido movimiento huelguístico. El pacto con Carranza no sólo no había beneficiado a la Casa, sino que significó su acta de defunción. Históricamente, este pacto representa el inicio de una actitud oficialista y dependiente del

movimiento obrero con respecto al poder gubernamental. Esta actitud tendrá sus altibajos en la década de los veinte con la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM) y su líder Morones, pero el cardenismo se encargaría de institucionalizarla con la fundación de la CTM en 1936.

Aunque de manera indirecta, las ideas de varios de los líderes políticos e intelectuales de la COM influyeron en la ideología revolucionaria: en algunos de los proyectos de la XXVI Legislatura, en las acciones que en materia laboral implementaron gobernadores como Cándido Aguilar en Veracruz y Salvador Alvarado en Yucatán en plena lucha revolucionaria y, por supuesto, en la elaboración del artículo 123 de la Constitución de 1917.

En 1916 un grupo de jóvenes estudiantes de la carrera de leyes en la Universidad de México forman la "Sociedad de Conferencias y Conciertos". Sus fundadores son: Antonio Castro Leal, Alberto Vázquez del Mercado, Vicente Lombardo Toledano, Alfonso Caso, Manuel Gómez Morín, Jesús Moreno Baca y Teófilo Olea y Leyva. Nacía así un grupo intelectual que se conocería con el nombre de los "Siete Sabios" (por analogía con los legendarios "Siete Sabios" de la antigua Grecia) o Generación de 1915.<sup>80/</sup> Su finalidad era propagar la cultura entre los estudiantes de la Universidad. Sin embargo, las circunstancias rebasarían bien pronto esta pretensión. El proyecto gubernamental de separar a la Universidad de la Secretaría de Instrucción Pública

para hacerla depender de Gobernación, así como separar también a la Escuela Preparatoria de la Universidad para colocarla bajo la jurisdicción del gobierno del Distrito, lanzan a los "Sabios" a una decidida campaña en favor de la unidad universitaria y la autonomía.<sup>81/</sup> Empiezan a escribir en los principales diarios de la capital y participan en la fundación de "El Heraldo de México". En 1916 participan en el Congreso Nacional Estudiantil organizado por Carranza para ganarse el apoyo de los universitarios y al año siguiente algunos de ellos asisten al Congreso Constituyente de Querétaro como representantes de la Universidad. Alrededor de la Constitución que se estaba preparando en esa ciudad, se da un movimiento político inusitado. Los "Sabios" se van percatando que entre la academia y los asuntos públicos hay poco más que un paso, "... la Universidad comenzaba a ser un excelente trampolín para los puestos públicos".<sup>82/</sup> En 1920 Adolfo de la Huerta es nombrado presidente interino. La mayoría de los "Sabios" ocupa un puesto dentro de esta administración; para varios de ellos, se iniciaba una carrera política llena de vicisitudes y desengaños.

A fines de 1914, en la Convención de Aguascalientes, se habían reunido los hombres más destacados tanto del zapatismo como del villismo. Carranza se había negado a asistir y el carrancismo, dividido y sin su primer jefe, se limitó a ser un espectador de las determinaciones políticas de sus opositores. Decisiones cuya validez nunca aceptó Carranza y que unos meses



después perderían todo sentido al ser disuelta la Convención. Tres años después de Aguascalientes, la situación sería completamente diferente. Zapata y Villa habían sido vencidos; en el Congreso Constituyente de 1917 en la ciudad de Querétaro únicamente habría representantes de la facción vencedora, la carrancista. Esto no quiere decir que no hubiera fricciones en la elaboración de la nueva Carta Magna. Desde un principio se perfilaron dos tendencias muy claras: un grupo moderado, más adepto a Carranza, conocido como los renovadores y, por otro lado, un grupo más progresista, el de los radicales. Los del primer grupo recibían ese nombre porque varios de ellos habían pertenecido al Bloque Renovador de la XXVI Legislatura; entre sus elementos más conspicuos estaban Félix Palavicini y Alfonso Cravioto. Por parte de los radicales, destacan las figuras de Francisco J. Múgica y Heriberto Jara. Entre estos dos grupos se formó una tendencia intermedia, equilibradora de los violentos debates que sobre algunos artículos se escenificaron durante el Congreso. De este grupo conciliador el diputado más sobresaliente fue, sin duda alguna, Pastor Rouaix. Debemos destacar también el papel que como asesor, ya que no era diputado constituyente, jugó Andrés Molina Enríquez en la elaboración del artículo 27.<sup>83/</sup> Si bien ninguna de las dos tendencias principales dominó de manera abrumadora el Congreso, podemos decir que fueron los radicales, con Múgica al frente, quienes impusieron su punto de vista del Estado como propulsor del cambio social en la redacción de los artículos de mayor tras-

cendencia (3°, 27° y 123°).

En marzo de 1917 Carranza es nombrado presidente constitucional. Se inicia la lenta y penosa reconstrucción de un país devastado por varios años de lucha fratricida.

"Estamos convencidos que la conciencia nacional depende siempre de la articulación más o menos adecuada de una organización política y de una expresión cultural bajo todas sus formas, de la conjunción de un Poder y un Saber. La mejor prueba es que todos los sistemas políticos siempre han buscado apoyarse en sus creadores de expresión cultural (cuando no fueron ellos el origen del sistema) para apuntalar sus instituciones, para fundamentar su dominación."

Louis Panabière

b) EL NACIONALISMO CULTURAL: 1920-1940

En mayo de 1920 Carranza es asesinado. El movimiento de Agua Prieta sería la última vez que un levantamiento militar tendría éxito; sin embargo, hasta finales de esa década se seguirían utilizando las armas para intentar dirimir cuestiones políticas.<sup>84/</sup> El grupo de Sonora se instala en el poder, y no será sino hasta 1935, año en el que el presidente Cárdenas expulsa a Calles del país, cuando se le obligue a abandonarlo. La reconstrucción nacional, iniciada con muchas limitaciones por el régimen carrancista, tomará nuevos bríos: primero con el nombramiento de Adolfo de la Huerta como presidente interino y seis meses más tarde con la toma de posesión de Obregón como presidente constitucional. Al finalizar su periodo en 1924, Calles continuará, profundizará y extenderá los cambios y proyectos de su predecesor. De 1929 en adelante Calles, el verdadero poder tras la silla presidencial, será el artífice de las reformas políticas que modificarán estructuralmente al sistema político mexicano. Entre las reformas e innovaciones callistas destaca la creación en 1929 del Partido Nacional Revolucionario (PNR), que aglutinará las abigarradas fuerzas políticas entonces existentes e irá institucionalizando el juego político. Después del exilio involuntario de Calles, Cárdenas inicia la segunda etapa de lo que algunos historiadores han denominado el periodo formativo del Estado mexicano (1929-1940), al final del cual éste posee ya las variables más sobresalientes que lo caracterizan hasta

nuestros días: presidencialismo civil, partido del Estado, promoción y control institucional de las organizaciones populares de masas y una marcada intervención del Estado en la promoción de la economía, la cultura y la organización de la sociedad.<sup>85/</sup>

En 1920 Vasconcelos es nombrado rector de la Universidad Nacional y un año más tarde titular de la Secretaría de Educación Pública. Se inicia así una época sin precedente en el desarrollo de la educación en México. Apoyado en un presupuesto considerable, Vasconcelos se lanza a una empresa heroica: las escuelas primarias aumentan al doble, el gobierno federal auspicia eventos culturales en todo el país, se fundan Casas del Pueblo y se capacita a más de mil maestros rurales, se instauran escuelas nocturnas para obreros, se hacen importantes innovaciones pedagógicas, los muralistas emprenden su labor artístico-educativa, se tiran miles de ejemplares de los clásicos de la literatura a precios económicos y se realiza una extensa campaña de alfabetización.<sup>86/</sup> Con Vasconcelos se inicia también el esfuerzo intelectual por llenar el vacío ideológico dejado por el movimiento revolucionario. Como lo reconoce un destacado historiador mexicano,<sup>87/</sup> el hecho de que exista en la actualidad un nacionalismo tan arraigado en nuestro país se debe en buena medida a la labor desempeñada por los intelectuales mexicanos en las décadas de 1920 y 1930. Esta labor se extiende a todos los campos de la cultura: Gómez

Morín, Lombardo Toledano y Cosío Villegas en el derecho y la sociología; los muralistas, principalmente Rivera y Orozco, en la pintura; López Velarde en la poesía; Acevedo y Mariscal en la arquitectura; Ponce, Revueltas y Chávez en la música; - Manuel Toussaint en la historia del arte; Caso, Vasconcelos y Samuel Ramos en el plano filosófico. Se intentan recuperar + las raíces históricas<sup>88/</sup> e integrarlas a las nuevas ideas sociales y políticas surgidas de la Revolución. Indudablemente, el nacionalismo cultural dirigido por el Estado caerá en exce sos, contra los que se manifiesta el grupo de intelectuales co nocido como los "Contemporáneos", a los que veremos más ade - lante. Tenemos entonces que Vasconcelos no sólo es partícipe del naciente nacionalismo cultural, sino que es él quien ini- cia la tendencia gubernamental a apoyar y dirigir desde el Es tado el desarrollo cultural e intelectual del país. El nacio nalismo cultural y el tutelaje estatal serán, desde el punto de vista de una historia de los intelectuales en nuestro país, las dos características esenciales del período 1920-1940. Es- tas características se conjugarán exitosamente para hacer de esta etapa, a juicio de Jean Meyer,<sup>89/</sup> la más importante den- tro de la relación entre los intelectuales y el Estado en Méxi- co en el siglo XX.

Cinco años después de abandonar la Secretaría de Educa - ción Pública, Vasconcelos se lanza como candidato a la presiden- cia de la República. Su arraigo se centra en los universita -

rios y en un sector bastante amplio de las clases medias. Sin embargo, el impacto del vasconcelismo en el campo es muy reducido. La campaña de 1929 no contará con un programa político amplio y su tendencia política será sumamente ambigua; más que esto, a Vasconcelos le preocupa sacar al país de la decadencia moral en la que se encuentra sumido después de cuatro años de corrupto gobierno callista. Las buenas intenciones del ex-secretario de Educación no serían suficientes. Vasconcelos es derrotado en las elecciones, no sabemos si de manera legal o víctima de fraudes cometidos por el recién creado PNR, y ante la carencia de fuerza militar que pudiera reivindicar el triunfo por él proclamado, se ve obligado a exiliarse. El consejo de Gómez Morín de no jugarse todo en una carta sino considerar la campaña de 1929 como el inicio de un nuevo partido y una nueva manera de hacer política fue desoído por Vasconcelos.<sup>90/</sup> Estos dos grandes hombres se irían distanciando cada vez más, hasta llegar a un rompimiento definitivo en 1933. Lo que pasó con Vasconcelos después de su derrota política es de todos conocido. Monsiváis lo resume así: "A partir de los cuarentas, Vasconcelos se irá desgastando y petrificando en un despeñadero ideológico. Allí concluirá exaltando dictaduras como la franquista, situándose como símbolo de la extrema derecha. Este más que melancólico ocaso de Vasconcelos... ha dificultado durante muchos años la reconsideración de su obra."<sup>91/</sup>

En el inciso anterior dejamos a varios miembros de la Generación de 1915 ocupando puestos públicos en el gobierno in-

terino que precedió la llegada de Obregón a la silla presidencial. Con el arribo de éste al poder, los "Siete Sabios" y adláteres son ascendidos de rango: Gómez Morín es nombrado - subsecretario de Hacienda; Vázquez del Mercado, secretario - general del gobierno del Distrito; Lombardo Toledano, oficial mayor de la misma dependencia y Palacios Macedo, jefe del Departamento de Gobernación. El quehacer público se convertía en un compromiso para un grupo de jóvenes intelectuales que habían tenido que conformarse, por razones cronológicas, a ser meros expectadores de la lucha revolucionaria. Gómez Morín, en una carta a Palacios Macedo, resume la manera de pensar de esta generación: "Ayudar a que se hagan cosas buenas y fomentarlas. No alejarse con un burgués levantamiento de hombros, ni permanecer en la torre de marfil."<sup>92/</sup> Sin embargo, la luna de miel entre estos intelectuales y el poder no duraría mucho tiempo. Para 1924 varios de ellos han perdido sus puestos y se dedican a la docencia y/o al ejercicio de su profesión. Palacios Macedo, que había participado en la rebelión delahuertista, vivía exiliado en Francia. "Decididamente", nos dice Krauze, "el gobierno podía pasarla muy bien prescindiendo de sus Sabios."<sup>93/</sup> Esta inestable relación entre los miembros de la Generación de 1915 y el Estado no sería algo pasajero, los vaivenes serían permanentes.<sup>94/</sup> La decepción, la impotencia, la renuncia al puesto<sup>95/</sup> y la creación de organizaciones políticas que eventualmente se convertirían en legitimadoras del sistema al que supuestamente se oponían: ese fue



el destino de algunos de los más destacados miembros de esta generación. En 1939 Gómez Morín fundaba el Partido Acción Nacional (PAN) y nueve años más tarde, en 1948, Lombardo Toledano hacía lo propio y daba origen al Partido Popular (que años después agregaría el adjetivo Socialista). En 1946 el Partido de la Revolución Mexicana (PRM), denominación que había adquirido el PNR durante el régimen cardenista, se transforma en el Partido Revolucionario Institucional (PRI). Para la revolución institucionalizada nada mejor que un partido a su derecha y otra a su izquierda. La decepción de los "Sabios" debió haber sido grande. "Hombres de fe, nacidos en un mundo de cambios frenéticos, poseídos del espíritu del progreso, terminaron por cambiar esa fe por otra y por creer, como tantos otros intelectuales, que su reino no es de este mundo".<sup>96/</sup>

La principal voz opositora al proyecto cultural nacionalista promovido por el Estado será la del grupo de los Contemporáneos.<sup>97/</sup> Ellos son: Carlos Pellicer, Jorge Cuesta, Xavier Villaurrutia, Gilberto Owen, José Gorostiza, Jaime Torres Bodet, Enrique González Rojo, Salvador Novo y Bernardo Ortíz de Montellano. En el período que va de 1928 a 1940 se dan, como lo señala Panabiere en su artículo sobre este grupo,<sup>98/</sup> dos corrientes constitutivas de la conciencia nacional. Por un lado, una corriente política que promueve la formación de un Estado nacional, apoyándose en una constitución progresista y a través de un partido con bases amplias, cada vez más sólidas y que se presenta a sí mismo como el único verdadero continua-

do: de la Revolución. Por otro, una corriente cultural que se opone al proyecto integrativo estatal y que se niega a aceptar una serie de valores culturales que desde arriba se intenta implantar sobre la sociedad civil. Debemos aclarar que esta oposición será siempre intelectual, literaria; nunca explícitamente política.<sup>99/</sup> Aunque algunos de los Contemporáneos llegan a ser funcionarios públicos,<sup>100/</sup> siempre disociarán radicalmente su actividad intelectual de su papel como hombres políticos. Es el caso del único de los Contemporáneos que destacaría ampliamente en el mundo de la política: Torres Bodet, quien siempre mantuvo muy aparte su quehacer literario de su desempeño como servidor público. Torres Bodet fue Secretario de Educación Pública en 1943, Secretario de Relaciones Exteriores en 1946 y director general de la UNESCO dos años más tarde. Durante todo el sexenio del presidente López Mateos (1952-1958) volvería a ser titular de la Secretaría de Educación Pública, al frente de la cual realizaría una memorable labor. (Otro destacado literato, Agustín Yáñez, lo sucedería en este puesto). Sin embargo, no todos los Contemporáneos se deciden por una clara distinción entre su papel como intelectuales y sus responsabilidades políticas. A juicio de Panabière, solamente uno de ellos, Jorge Cuesta, se atreve a expresar sus ideas políticas y enfrentar directamente al Estado. Cuesta denunciará lo que él considera un chovinismo reduccionista que en nada podía beneficiar el desarrollo cultural del país.<sup>101/</sup> El único "contemporáneo" disidente se decidió a una oposición frontal con la ideología oficial y con una se-

rie de detractores, ante la acusación que se hacía a él y a su grupo de "alejarse del pueblo y de los problemas del momento", afirmando que el nacionalismo revolucionario era una forma de estrechez mental, de aislamiento, que no podía más que perjudicarnos como nación. En cuando a la etiqueta de "reaccionarios" que se les ha querido imponer, Panabière afirma lo siguiente: "Podemos tal vez tener razón al decir que los Contemporáneos son "reaccionarios" en la medida en que frenan el proyecto - del Estado, pero entonces podemos con la misma convicción revertir el argumento y considerar al Estado como "reaccionario" en la medida en que restringe el desarrollo del individuo al que engloba".<sup>102/</sup>

A lo largo de la década del 20 se da un proceso de recuperación, de cooptación de los descontentos que el experimento vasconcelista había dejado. Como lo ha demostrado Camp,<sup>103/</sup> gran parte de los partidarios de Vasconcelos se reintegraron rápidamente y con éxito al aparato gubernamental. Mariano Azuela será profesor de la UNAM en 1930 y magistrado del Tribunal Fiscal de la Federación en 1937; Gómez Morín es rector de la UNAM en 1933; Manuel Moreno Sánchez es magistrado judicial de Michoacán ese mismo año y profesor de la UNAM dos años después y Mauricio Magdaleno será presidente de la Comisión Revisora de impuestos en 1934 y director de la biblioteca y archivos de la Secretaría de Hacienda desde 1936 hasta 1945.<sup>104/</sup> Sin embargo, y aunque intelectuales e ideólogos tan destacados

como Lombardo Toledano, Silva Herzog y Francisco J. Múgica colaboraron decididamente con el régimen cardenista,<sup>105/</sup> la relación de éste con los intelectuales no fue muy cordial. Narciso Bassols fue otro intelectual que colaboró en el gobierno de Cárdenas, sin embargo, su conocida filiación callista lo llevó a tener diferencias con el primer mandatario al principio de su administración. Bassols es un caso paradigmático del intelectual que, estando en franco desacuerdo en muchos aspectos con el partido oficial, participa en él sin abandonar nunca una actitud crítica. Durante la guerra civil española es nombrado ministro de México en Francia y desde ahí organiza el rescate de 10,000 republicanos españoles y los envía a México en calidad de asilados. En 1940 regresa a México, se niega a colaborar con el régimen de Avila Camacho y funda la Liga de Acción Política y su órgano "Combate". Desde una posición progresista crítica al gobierno y en 1943 la Liga lanza a Bassols como candidato a diputado y el triunfo le es escamoteado. Al año siguiente es nombrado embajador en la Unión Soviética. En 1946 regresa y colabora en la fundación del Partido Popular de Lombardo Toledano, en el que también colaborarían intelectuales como José Revueltas y Víctor Manuel Villaseñor, pero se retira del mismo al advertir tendencias oficialistas dentro de la nueva organización política. Llamado a colaborar como asesor por el presidente Ruiz Cortines, dimite en 1954 al estar en desacuerdo con la política económica del primer mandatario. Jean Meyer denomina al sexenio 1934-1940

como el "malentendido cardenista". Meyer lo define así porque si bien es cierto que Cárdenas es en la actualidad el ídolo de muchos intelectuales, durante su mandato fue duramente criticado por muchos intelectuales, entre ellos algunos tan renombrados como Antonio Díaz Soto y Gama,<sup>106/</sup> Luis Cabrera y Jorge Cuesta, ya mencionados en el texto.<sup>107/</sup> Cabrera no había dejado de ser un incisivo crítico de la política nacional desde que se retiró de la vida pública en 1920. Durante el sexenio cardenista, Cabrera condenará el estatismo que se manifestaba en la política agraria y obrera del Presidente y al decretarse la expropiación petrolera fue de las pocas voces que se manifestaron en contra de la medida. Pese a los ataques a granel que recibió por su oposición al régimen más progresista emanado de la Revolución, Cabrera mantuvo su postura crítica, que incluso llevaría al Partido Acción Nacional a ofrecerle la candidatura para la presidencia de la República en 1946. Cabrera rechazó el ofrecimiento, como doce años antes declinó públicamente su probable postulación presidencial como candidato del PNR. Esta postura antigubernamental no impidió que Cabrera fuera llamado a colaborar con los presidentes Avila Camacho y Ruiz Cortines, a lo cual accedió.

Por último, no debemos pasar por alto un hecho muy importante, en el plano académico-intelectual, que se dio durante el cardenismo, nos referimos al enriquecimiento cultural provocado por la llegada de decenas de intelectuales españoles ante

la derrota de la causa republicana en 1939. Es el mismo Cárdenas quien auspicia esta llegada que, pasados casi cincuenta años, sigue rindiendo frutos. José Gaos, Luis Cernuda, Rodolfo Halffter, Eduardo Nicol, José Medina Echavarría, Wenceslao Roces y Joaquín Xirau son algunos de los intelectuales que arribaron en esa ocasión. La influencia de estos inmigrantes sobre nuestro medio cultural fue muy amplia y su labor docente en la Universidad Nacional, específicamente en la rama de las humanidades, ha dejado huella en varias generaciones de estudiantes e intelectuales mexicanos.

Dos décadas de cooperación entre el poder político y los intelectuales (sin olvidar las voces disidentes que siempre se manifiestan frente a cualquier proyecto estatal) habían logrado dar cuerpo a una ideología nacionalista que a partir de 1940 se utilizaría indiscriminada y engañosamente para embarcar a la nación en una nueva empresa. Los hombres de pensamiento habían cumplido, desde el punto de vista de los nuevos líderes políticos, la parte que les correspondía. Tomando como punto de partida, pero también como elemento meramente decorativo, la labor de estos intelectuales, el Estado mexicano decide emprender nuevos caminos.

"A medida que una revolución se -  
institucionaliza, la 'intelligentsia'  
tiende a remplazar a los intelectuales  
en el cuerpo dirigente."\*

Alvin Gouldner

- \* Gouldner entiende aquí por "intelligentsia" a los servidores públicos con inclinaciones de tipo técnico y adaptados o adaptables a métodos netamente burocráticos. Es decir, dentro del contexto del presente trabajo, podemos sustituir ese término por el vocablo "tecnocracia".

c) EL DESARROLLISMO

Hacia 1940 empiezan a darse dos tendencias importantes dentro de la relación entre los intelectuales y el Estado - mexicano. Por un lado, se inicia el ascenso de un nuevo grupo de hombres políticos; aparecen quienes al poco tiempo son encasillados bajo el mote despectivo de "tecnócratas": políticos profesionales (formados, como ya dijimos, académicamente, a diferencia de sus autodidactas predecesores) con una preparación eminentemente técnica y con una mentalidad diferente a la de los políticos tradicionales: la carrera política deja de estar fundamentada en la experiencia cotidiana de partido y en la ocupación de puestos de elección popular. Sus horizontes culturales tienden a ser más limitados, en buena medida a causa de desarrollo y concomitante especialización que caracteriza a algunas de las nuevas disciplinas académicas o a la evolución que sufren los ya existentes. A esta especialización debemos agregar, en la mayoría de los casos, un alejamiento de cuestiones de tipo humanista. Además, los tecnócratas seguirán cada vez más carreras políticas de índole administrativa, sin inquietarse mucho por aspectos ideológicos o partidarios y sin preocuparse por el acercamiento a las masas que necesariamente conlleva la búsqueda y obtención de puesto de elección popular. Debemos aclarar que las características mencionadas no se dan más que embrionariamente en los tecnócratas desarrollistas. Es claro que el nuevo proyecto estatal requería de políticos con ciertas características que --



no poseían sus antecesores, pero un cambio tan drástico como el que se podría deducir de la descripción anterior toma, ne cesariamente, cierto período de tiempo para llevarse a cabo. Podemos decir que se trata de tipos ideales cuya pureza estática se pierde al confrontarlos con la realidad. La otra ten - dencia que comienza a darse en la década de los cuarenta será el distanciamiento de muchos intelectuales de las grandes or - ganizaciones populares, y del aparato gubernamental en general, para convertirse en focos de opinión aislados, puramente teó - ricos. Esto lleva a un antagonismo creciente entre el "inte - lectual" por excelencia, crítico y honesto, por un lado, y el "político", pragmático y las más de las veces inescrupuloso y corrupto, por el otro. "Esta polarización absurda, aunque - (sic) producto del diseño claudicante que inspiró a la políti - ca nacional durante treinta años, favoreció indudablemente a las fuerzas conservadoras que se fueron consolidando a la som - bra del proyecto desarrollista. Se separaba así, simplemente, lo que podía llamarse "la teoría" (crítica, denuncia, coheren - cia ideológica, exigencia de cambios) de la correspondiente - "práctica" (transformada en apoyo incondicional, mediatización, control)." <sup>108/</sup> Como lo señala López Cámara en la cita anterior, este cambio en la relación entre los intelectuales y el Estado, así como el señalado en primer lugar, no son modificaciones fortuitas, sino que obedecen a cambios fundamentales en la vi - sión gubernamental de lo que debía ser el desarrollo del país. "Simplificando, puede decirse que a partir de ese momento 1940 la Revolución dio por terminados sus proyectos de reforma so -

cial y política y sus dirigentes lanzaron de lleno al país a una nueva empresa: propiciar por todos los medios el crecimiento económico..."<sup>109/</sup> Bajo la dirección del Estado, se creó una plataforma industrial, cuyo objetivo principal era la sustitución de importaciones, que permitió alcanzar un desarrollo económico asombroso durante las tres décadas siguientes. Sin embargo, junto con esta industrialización, auspiciada parcialmente con préstamos e inversiones extranjeras, se dio un proceso acelerado y muchas veces caótico de urbanización, un descuido relativo de la agricultura y un crecimiento demasiado acelerado del aparato burocrático (recordemos que el Estado fue el promotor y director de la nueva política económica).<sup>110/</sup> Las organizaciones populares van cediendo terreno ante el papel cada vez más importante que juega la iniciativa privada dentro del nuevo esquema de desarrollo. Una distribución del ingreso sumamente inequitativa, la represión de varios movimientos laborales, una serie de desequilibrios económicos<sup>111/</sup> y un desfase creciente entre desarrollo económico y evolución política llevarán a un descontento, sobre todo de las clases medias, que hará explosión con el movimiento estudiantil de 1968.

Todos estos cambios incidieron sobre los intelectuales mexicanos. Su influencia disminuye ante la llegada de los tecnócratas, mucho más útiles para el nuevo proyecto estatal por varias razones: sus amplios conocimientos técnicos, su asepsia

ideológica, la preeminencia que dan al cumplimiento de la tarea encomendada sobre las implicaciones sociales que ésta pudiera tener y, finalmente, su escasa capacidad disruptiva, producto de una actitud y disposición acríticas. Poseedores, en suma, de una racionalidad netamente burocrática. Tenemos entonces dos fenómenos concomitantes: la oposición entre los políticos de viejo cuño y los tecnócratas, por un lado, y, por otro, el desplazamiento y pérdida de influencia de los intelectuales ante la superioridad, dadas las circunstancias del momento, de los recién llegados. Además, los intelectuales, que en épocas pasadas habían participado en la creación y organización de nuevas estructuras, empiezan a toparse con estructuras burocráticas más consolidadas y con un aparato público en constante crecimiento, sobre el cual muchas veces se sienten incapaces de ejercer influencia alguna.<sup>112/</sup>

Lo dicho anteriormente no implica que los intelectuales se hayan vuelto contra el Estado. Al contrario, la mayoría de ellos son gobiernistas; prueba de ello es que los ensayos críticos de Silva Herzog y Cosío Villegas sobre la agonía de la Revolución suscitan crudas polémicas contra los "herejes",<sup>113/</sup> Lo que se da es un repliegue de los intelectuales con respecto al aparato público. Los regímenes desarrollistas señalan a la estabilidad como una variable determinante para lograr el desarrollo deseado y los intelectuales parecen convenir en ello; sin embargo, la estabilidad tiene sus costos. Ya mencionamos

algunos de ellos en el aspecto económico-social; en el plano cultural, el fenómeno más notable será el reflujó del nacionalismo. La Revolución se desgasta cada vez más como justificación oficial y como proceso creativo en el campo del arte y - las ideas: las clases medias, que se multiplican aceleradamente durante estos años, se sienten atraídas por el "american way of life" (en este aspecto la influencia del nuevo medio masivo de comunicación, la televisión, juega un papel muy importante); la ideología oficial sigue apelando a una cultura nacional, pero a una cultura nacional la cual "deberá expresarse como la suma de personalidades que, en un país dado, se adecúan reverencialmente (con añadidos típicos, si acaso) al ritmo de la cultura occidental."<sup>114/</sup>

En medio de esta pérdida de terreno del nacionalismo surge, en el plano filosófico, un conjunto de pensadores que intentan una reflexión sobre la realidad nacional, sobre el mexicano y su situación vital. Sus representantes más importantes son José Gaos y Leopoldo Zea, alrededor de los cuales se forma el grupo Hiperión, cuyo miembro más destacado será Luis Villoro. Las influencias más importantes: Dilthey y Ortega y Gasset; los antecesores directos: Caso, Vasconcelos y, sobre todo, Samuel Ramos. Aunque, a primera vista, el esfuerzo de Hiperión pudiera parecer un intento más de patriotismo estéril, en realidad lo que este grupo buscaba era la comprensión de la problemática universal de la filosofía a través de una reflexión sobre lo nacional. El aprendizaje de procedimientos y técnicas

extranjeras era parte importante de esta búsqueda.<sup>115/</sup> El -- proyecto se disolvió rápidamente,<sup>116/</sup> no sin antes haber tenido un impacto intelectual sustancial sobre la filosofía y la literatura.<sup>117/</sup> La filosofía de lo mexicano, como se ha denominado a esta corriente, surgió a contrapelo del reflujo nacionalista. Sin embargo, sus planteamientos alrededor de la originalidad del pensamiento nacional, reforzaron de alguna manera la retórica oficial que proclamaba el carácter "sui géneris" de la revolución mexicana para justificar todo tipo de acciones.<sup>118/</sup>

Dentro de la etapa que estamos considerando (1940-1968), destacan tres publicaciones por la importancia que tuvieron como foros de expresión de las inquietudes y aspiraciones políticas de algunos de los intelectuales más prominentes de esos años. Nos referimos en primer lugar a "México en la Cultura", suplemento cultural del periódico "Novedades", que durante sus doce años de existencia (1949-1961) mantuvo un alto nivel en sus colaboraciones literarias, políticas y artísticas. Este suplemento, como su nombre lo indica, era una publicación de carácter cultural global y las cuestiones políticas ocupaban solamente una parte del espacio total del mismo.<sup>119/</sup> A finales de la década de los cincuenta surge "El Espectador", una revista netamente política.<sup>120/</sup> Esta publicación, con una ideología izquierdista, se convierte desde su inicio en la revista política más importante, hacia la cual se sienten atraídos mu-

chos intelectuales por la postura crítica que desde un principio la caracteriza. Entre sus colaboradores destacan Víctor Flores Olea, Enrique González Pedrero, Carlos Fuentes, Jaime García Terrés, Francisco López Cámara y Luis Villoro. El objetivo principal de la revista era la democratización del sistema político mexicano; para lograr este fin, la revista proponía una serie de medidas que consideraba ineludibles: el cumplimiento estricto de la Constitución, el respeto incondicional del voto, la independencia del sindicalismo, la representación de las diferentes tendencias políticas del país y la libertad absoluta de pensamiento y expresión.<sup>121/</sup> Debido a la inclinación de corte socialista de los colaboradores de la revista, hay otros temas que aparecen recurrentemente: la organización de la izquierda en México, el imperialismo norteamericano, el subdesarrollo de América Latina, la defensa de la entonces reciente revolución cubana, etc. "El Espectador" tendrá una vida muy corta (7 números); sin embargo, su lugar lo ocupa sin dilación "Política", revista fundada en 1960, que continúa la misma tendencia política de su predecesora. Antes de pasar a hablar de ella, es conveniente mencionar algunos hechos que nos ayuden a recordar el contexto social dentro del cual se desarrollaron estas dos publicaciones.

En 1958 el movimiento magisterial es reprimido, lo mismo sucede, con mayor violencia aún, con el movimiento ferrocarrilero del año siguiente. Ese mismo año (1959), triunfa la revolución cubana, que instaura el primer gobierno socialista -

de América Latina y que dos años después aplastará el desembarco contrarrevolucionario promovido por los Estados Unidos - en la Bahía de Cochinos. En 1962 es asesinado el líder agrarista opositor Rubén Jaramillo junto con su esposa e hijos en las cercanías de Xochicalco. Tres años después los médicos - serán esta vez el objeto de la represión gubernamental. Al año siguiente (1966) las fuerzas del orden ocupan la Universidad de Morelia y un año después hacen lo mismo con la Universidad de Sonora.

La revista "Política" nace y se desarrolla pues en un clima de efervescencia social. No sólo llena el vacío de crítica política dejado por "El Espectador", sino también se convierte en el eje sobre el cual se van agrupando diversos grupos y tendencias de una izquierda cuyo fraccionamiento le había imposibilitado hasta entonces cualquier desarrollo político de consideración. Además de algunos de los antiguos colaboradores de "El Espectador", en la nueva revista participarán destacados intelectuales como Fernando Benítez, Vicente Lombardo Toledano, Heberto Castillo y Eli de Gortari. Los temas tratados por el grupo de "Política" son muy similares a los de su predecesora; una diferencia esencial, sin embargo, se manifestará al poco tiempo, cuando varios de los colaboradores de la revista decidan formar el Movimiento de Liberación Nacional - (MNL) en 1961. Algunos intelectuales mexicanos habían decidido ir más allá de la labor de escritorio y deciden tratar de incidir de manera más directa sobre la realidad político-social

de su país. El MLN pretendía organizar y aglutinar a las diferentes corrientes de izquierda existentes en el país para - eventualmente, si existían las posibilidades y las circunstancias adecuadas, convertirse en un partido político. Se forman comités y se imparten conferencias en diferentes puntos del país, tratando de integrar desde abajo la nueva organización. Desgraciadamente, no pasa mucho tiempo para que afloren las primeras desavenencias y en 1962 Lombardo Toledano se separa del movimiento por diferencias relativas a la dirección política del mismo. La organización empieza a fracturarse y van surgiendo los maniqueísmos típicos de una izquierda fanática. La discrepancia fundamental fue la falta de consenso alrededor de si el MNL debía convertirse en un partido político o permanecer como un amplio organismo de izquierda que apoyase, según la coyuntura, a programas o candidatos de otros partidos de la misma tendencia. "Política" se convierte cada vez más en representante de un marxismo arcaico y sectario. - En 1964, cinco de los principales colaboradores (Benítez, Fuentes, López Cámara, González Pedrero y Flores Olea) se retiran definitivamente de la revista, argumentando que "no se combate el monolitismo sordo, dogmático y providencial de la derecha, con un monolitismo sordo, dogmático y providencial de signo contrario".<sup>122/</sup> Es así como el MNL llega a su fin;<sup>123/</sup> la revista le sobrevivirá hasta el año de 1967.

Los intelectuales que participaron en "El Espectador" (y



posteriormente en el MNL representaban una oposición desde una izquierda no partidaria. Esta situación les permitía una flexibilidad política que se demostró posteriormente cuando varios de ellos ingresaron al partido oficial. Para los intelectuales que deseaban participar políticamente desde una posición partidaria, más radical (tanto de derecha como de izquierda) y al margen del partido oficial, las opciones no eran muy halagadoras. Villegas las resume así: "... el Partido de Acción Nacional en lo económico coincidía discretamente con el régimen y sólo ponían en conflictos (sic) las ideas que sostenían al laicismo de la educación elemental y media. El Partido Popular Socialista apoyaba a los candidatos del PRI a la presidencia, el Partido Comunista estaba en la situación que había señalado Revueltas, de inexistencia histórica",<sup>124/</sup>

Aunque intelectuales como Siqueiros, Rivera, Villaseñor, Revueltas, Lombardo y Bassols participaron en el Partido Comunista, en el Partido Popular o en ambos, todos ellos (con la excepción de Revueltas) dependieron del Estado para su trabajo (Siqueiros y Rivera), tuvieron estrechas ligas con él (Lombardo) o de plano terminaron por desarrollarse como políticos dentro del partido oficial (Villaseñor y Bassols). Además - del hecho ya tratado de la fortaleza del Estado mexicano y la debilidad de la sociedad civil, surge aquí la cuestión de la cuasiidentificación que existe en nuestro país entre el partido oficial y el gobierno. Ante la ausencia de cauces de acción política efectiva al margen del partido en el poder, el

intelectual que desea participar políticamente se ve en cierto sentido empujado hacia el aparato gubernamental. Puede ser que no esté de acuerdo con la ideología del partido pero considera que esto es secundario en relación con una actividad política que el intelectual ve, no como un compromiso con el partido gobernante, sino como un deber frente a la sociedad. Como veremos en las reflexiones, esta situación monopolista de parte del partido oficial se ha visto modificada como consecuencia de una serie de cambios políticos, económicos y sociales que en buena medida fueron el producto del movimiento estudiantil que veremos en el inciso siguiente.

"Casi en sentido estricto, el acto genocida de Tlatelolco es el epílogo de la fiesta desarrollista, el deterioro de una imagen optimista y milagrosa del país y el principio de una revisión crítica de los presupuestos de sus formas de gobierno y su cultura, de los alcances del proceso institucional y las limitaciones y requerimientos de las distintas respuestas críticas a ese proceso."

Carlos Monsiváis

d) 1968

Los sucesos de 1968 significaron para México una crisis de crecimiento, de transformación y de conciencia sólo comparable a las que los manuales de historia y los monumentos públicos consagran como etapas definitivas de nuestra existencia nacional: Independencia, Reforma y Revolución. Todo lo que nuestro país "es" concurrió tácita o expresamente, a que el movimiento de 1968 fuese lo que fue. El malestar esquizoide de un país social y culturalmente dividido en dos, en el que el mundo industrial y urbano explota con múltiples formas de colonialismo interno al mundo campesino e indígena. El malestar económico de un país donde, sesenta años después de una revolución librada en nombre de la justicia social, ésta yace sepultada bajo las exigencias de un desarrollismo que concentra la riqueza en manos de una minoría. El malestar social de una colectividad dividida en clases con intereses opuestos pero en la que éstos no pueden manifestarse, pues en México, oficialmente, no hay antagonismo o diversidades, sino "unidad nacional" en torno a los poderes de la Revolución Institucional. El malestar político, en fin y sobre todo, de un país mayoritariamente privado de cauces para la acción y la expresión públicas. 125/

La inmensa mayoría de los intelectuales mexicanos apoyan, como ciudadanos, al movimiento estudiantil. Unos cuantos participan activamente en él y varios de ellos (José Revueltas, Heberto Castillo y Eli de Gortari, entre otros) pagan su valentía con el encarcelamiento. De los intelectuales que en ese entonces formaban parte del aparato estatal, solamente Octavio Paz se atreve a manifestar abiertamente su desacuerdo con los procedimientos oficiales utilizados en Tlatelolco y renuncia a su puesto como embajador en la India. Reyes Heróles, Carrillo Flores, Gabino Fraga, Eduardo Suárez, Silvio Zavala y

Agustín Yáñez, todos ellos con puestos públicos en esos momentos, guardan silencio.<sup>126/</sup> No faltan tampoco los intelectuales que toman una posición gobiernista, justificando de esta manera la cerrazón y el autoritarismo.

Si a partir de la década de los cuarenta se había dado un repliegue, que no una oposición, de los intelectuales con respecto al Estado, los sucesos de 1968 vinieron a brindarles una excelente justificación no sólo de su alejamiento del aparato político, sino de la adopción de posturas francamente antagónicas a los designios gubernamentales. Ante el fracaso de la razón y el diálogo, ejemplificados por Javier Barros Sierra (entonces rector de la Universidad), frente al inmovilismo y la violencia estatales, los intelectuales y la sociedad en general se vuelven muy escépticos en cuanto a las posibilidades de un desarrollo democrático del país.<sup>127/</sup> Como consecuencia del 68, el gobierno decrece su influencia y control sobre la Universidad Nacional (sobre las universidades públicas en general), aumentando así el aislamiento de la institución con respecto al estado y disminuyendo de esta manera la influencia política de sus intelectuales.<sup>128/</sup> Otra consecuencia importante para el medio intelectual fue la intensificación del estudio y adopción del pensamiento marxista como instrumento teórico para analizar los problemas del país.<sup>129/</sup> El movimiento estudiantil en general y Tlatelolco en particular evidenciaron la falta de consenso alrededor del proyecto oficial de de

sarrollo, la incapacidad del sistema para absorber y satisfacer las demandas sociales y la inexistencia de canales institucionales de participación.

Ante la condena unánime de la sociedad y una pérdida creciente de legitimidad, el Estado hizo un denodado esfuerzo por cerrar el vacío que se había creado entre la generación joven e intelectuales y el poder. "Echeverría se acercó a líderes estudiantiles para escuchar sus puntos de vista. Un joven economista, Francisco Javier Alejo, recibió el cargo de director del Fondo de Cultura Económica ... Cosío Villegas, el destacado analista político, recibió el premio nacional de letras".<sup>130/</sup>

En 1971, diez años después de la creación del fallido MNL, surge el Comité Nacional de Auscultación y Consulta (CNAC) como organismo autónomo que busca la democratización del sistema político.<sup>131/</sup> Uno de sus primeros logros es la liberación de los presos políticos que no tenían relación con movimientos armados (recordemos que es durante esos años cuando la guerrilla urbana llega a su punto más alto). El CNAC es una agrupación que reúne dirigentes de sectores medios y de grupos obreros que luchaban por un sindicalismo independiente, así como facciones políticas desprendidas del Partido Comunista y del Partido Popular Socialista. Entre los intelectuales que participan en el nuevo intento democratizador están Octavio Paz, Carlos Fuentes, Luis Villoro y Heberto Castillo. El CNAC se

propone estructurar una nueva organización política y para lograrlo sus dirigentes deciden recorrer el país sondeando - las necesidades y demandas de los distintos sectores sociales. Se integran pequeños organismos de base después de numerosas asambleas y mítines. Consecuente con el nuevo rumbo que va tomando, la agrupación decide cambiar su nombre a Comité Nacional de Auscultación y Organización (CNAO). Desgraciadamente, una vez más, las diferencias no tardan en surgir. Paz y Fuentes están en desacuerdo con la creación de una organización política independiente y, sin mediar una ruptura conflictiva, deciden retirarse. Al poco tiempo el CNAO se desarticula en medio de una incesante lucha entre facciones.<sup>132/</sup> - Unos meses después, Fuentes va a París como embajador del gobierno de Echeverría.

Al igual que Fuentes, muchos intelectuales creyeron en el llamado del gobierno y "se van incorporando en sucesivas oleadas al régimen o a las infinitas ramificaciones de su presupuesto".<sup>133/</sup> El intento echeverrista de hacerlos partícipes de la política nacional parecía tener éxito: sin embargo, dos hechos vendrían a poner en evidencia que la línea política tradicional del Estado mexicano moderno no había cambiado del todo su trayectoria. El primero de ellos sería el ataque del que es objeto una pacífica manifestación estudiantil el 10 de junio de 1971, jueves de Corpus Christi. El ataque es llevado a cabo por una organización paramilitar denominada los "Halcones",

ante la indiferencia de un grueso contingente de granaderos que "vigilaban" la manifestación. Más de una decena de jóvenes son asesinados; los culpables nunca son castigados. Cinco años más tarde, el periódico "Excélsior", el único que en ese entonces (1976) era considerado un diario veraz y abierto a todas las tendencias, es víctima de una serie de maquinaciones gubernamentales que terminan por provocar la caída de su director, Julio Scherer García, periodista que había hecho de "Excélsior" el único foro democrático del país.

A pesar de los incidentes mencionados, debemos reconocer que, aunque limitada, sí se dio una apertura democrática. Al respecto, Paoli afirma: "El conflicto provocado por el gobierno de Echeverría al interior de la cooperativa "Excélsior" ...es una excepción a la ampliación de la libertad de expresión que en términos comparativos con períodos anteriores, se ha venido dando en los últimos tres lustros."<sup>134/</sup> El mismo autor menciona diversos factores que comprueban la afirmación anterior: las consideraciones con los sectores medios y particularmente con los universitarios e intelectuales, los nuevos espacios abiertos al sindicalismo independiente y a los partidos políticos, la discusión pública que se realiza en unos medios masivos de comunicación más abiertas, los diversos actos de amnistía de presos políticos y el reconocimiento de algunos triunfos electorales de la oposición.<sup>135/</sup> Dentro del avance democrático de los últimos años destaca la reforma electoral de 1977, que si bien tiene grandes limitaciones, fue un avance con



siderable en materia política. Esta reforma fue ideada por una de los intelectuales más capaces que hayan actuado dentro de la administración pública en los últimos años: Jesús Reyes Heróles. Como él, otros intelectuales han sido partícipes de la remodelación de que ha sido objeto nuestro sistema político a raíz de los sucesos de 1968.

En 1970 Octavio Paz escribía: "...ha terminado el largo periodo de tregua —iniciado por la Revolución y prolongado por las necesidades (el espejismo) del desarrollo— entre los intelectuales y el poder"<sup>136/</sup> La mención de algunos nombres demostraría que la afirmación de Paz no es del todo correcta. En rigor, es imposible que lo sea.<sup>137/</sup> Sin embargo, 1968 sí marcó un punto de inflexión en la relación entre el Saber y el Poder. "Por primera vez en el siglo veinte, los intelectuales no sólo tenían diferentes opciones económicas accesibles a ellos, sino que de hecho estaban considerando las implicaciones filosóficas de servir al Estado y continuar su labor como la conciencia crítica del pueblo. La cuestión de si ambas tareas eran excluyentes se convirtió en un tema de primera importancia en la década de los setenta"<sup>138/</sup> Es un hecho que, como lo señala Camp en sus conclusiones, el número de intelectuales que optan por mantenerse al margen del Estado aumentó a raíz del movimiento social del 68.<sup>139/</sup>

## NOTAS

- 45/ Op.cit., p. 223.
- 46/ Los intelectuales y la política en México, p. 51.
- 47/ Las ideas sociales contemporáneas en México, p. 119.
- 48/ Tiempo mexicano, p. 133.
- 49/ En su libro Precursores intelectuales de la Revolución Mexicana, Cockroft considera como tales a Camilo Arriaga, Antonio Díaz Soto y Gama, Librado Rivera, Juan Sarabia, Ricardo Flores Magón y Francisco I. Madero. - Patrick Romanell, en su libro La formación de la mentalidad mexicana, escrito en 1954, denomina "precursores intelectuales" a los miembros del Ateneo. Citado por Fernando Salmerón, "Los filósofos mexicanos del siglo XX", en Estudios de historia de la filosofía en México, p. 277. Sin embargo, autores posteriores han reservado estos adjetivos para pensadores menos académicos, - como los considerados por Cockroft.
- 50/ La renuencia de algunos a considerar como intelectuales a los pensadores mencionados por no poseer una doctrina sistemática, me parece una muestra más de la influencia de la visión occidental de la sociedad y de la historia. En efecto, estos hombres no poseían toda una teoría explicativa o propositiva sobre la realidad político-social de su tiempo y tampoco establecieron los límites dentro de los cuales debían mantenerse los acontecimientos revolucionarios, pero esperar esto o, en otras palabras, medir los fenómenos sociales con un mismo patrón histórico universal, no demuestra sino un total desconocimiento de lo que es la historia, de sus implicaciones para el desarrollo de los pueblos y de la inercia propia de toda revolución social.
- 51/ "Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX", en Historia General de México, p. 323. Justo Sierra había atacado la filosofía oficial en un discurso en honor de Gabino Barreda en 1908. Al respecto, Alfonso Reyes declara: "En el orden teórico no es inexacto decir que allí amanecía la Revolución... Fue la primera señal patente de una conciencia pública emancipada del régimen." Ibid., p. 324. Sin embargo, debemos estar conscientes, como lo está plenamente Monsiváis (ver pp. 324-331), de las limitaciones del Ateneo. Durante la primera fase de la Revolución, sobre la cual hubieran podido incidir, "su influencia es nula en relación con los problemas reales del país, aunque sus anhelos de reivindicación humanista tengan tan clara correspondencia con los ideales políticos de las clases medias de la etapa maderista." Salmerón, op.cit., p. 279.

- 52/ Mencionamos en el texto únicamente a los humanistas y escritores de mayor renombre. Dentro del Ateneo se contaban también pintores como Diego Rivera y Roberto Montenegro, arquitectos como Jesús Acevedo y Federico Mariscal, músicos como Manuel M. Ponce y Julián Carrillo y dos abogados que, como Vasconcelos y Guzmán, también participarían políticamente durante la Revolución, pero del lado carrancista: Alfonso Cravioto e Isidro Fabela.
- 53/ Cuando Villa y Eulalio Gutiérrez, presidente de la Convención de Aguascalientes, se enemistan después de haber colaborado juntos durante unos meses, Vasconcelos se ve obligado a exiliarse en 1915 a los Estados Unidos por la adhesión que había mostrado hacia Gutiérrez. John Skirius, "Vasconcelos: El político y el educador", pp. 71 y 72, en José Vasconcelos: de su vida y su obra, Alvaro Matute y Martha Donís compiladores. Guzmán, también convencionista, hace lo propio ese mismo año por temor a una represalia por parte de Carranza, Enrique Abreu Gómez, Martín Luis Guzmán, p. 32.
- 54/ Jean Meyer, introducción del libro "Intellectuels et état au Mexique au XX<sup>e</sup> siècle", p. 6. En las notas nos referiremos a este libro como "Intellectuels et état" y en la bibliografía final aparecerá bajo el nombre de Jean Meyer.
- 55/ Monsiváis, op.cit., p. 321, piensa que el temor de los intelectuales frente a la creciente violencia y desorden revolucionarios determinaron en gran medida la adhesión de muchos de ellos al huertismo. Otro joven que más adelante también destacaría en el ámbito intelectual, David Alfaro Siqueiros, participó políticamente, al igual que Silva Herzog y Lombardo, durante este período, pero como conspirador estudiantil en contra de Huerta.
- 56/ Salmerón, op.cit., p. 275. Debe señalarse que no todos los ateneístas abandonaron el país. Antonio Caso, por ejemplo, decidió hacer frente al "mare magnum" revolucionario. "Si Caso hubiera llegado a exiliarse, como sus amigos, es muy posible que el estudio de las humanidades en la capital se hubiera suspendido por falta de un líder cultural". Enrique Krauze, Caudillos culturales en la Revolución Mexicana, p. 68.
- 57/ Sin embargo, Cockroft, op.cit., p. 74, exagera cuando califica de liberal "típico" a Molina Enríquez. Aunque Molina cree en la perfección de la propiedad privada, introduce el elemento del interés nacional y considera que el Estado, apoyado en esta idea, es el instrumento idóneo para llevar a cabo la reforma agraria. Abelardo Villegas, "Andrés Molina Enríquez, un científico del -

agrarrismo" en Democracia y dictadura: el destino de una idea bolivariana, p. 78.

- 58/ Cockroft, op.cit., p. 124. En el apéndice A de su libro, Cockroft hace una comparación entre el programa del PLM y la Constitución de 1917. En ella, se aprecia lo importante que fue la influencia del documento magonista sobre nuestra Carta Magna. El programa de 1906, y más aún la prensa del partido (con "Regeneración" como su publicación más importante), fueron armas más efectivas que los fusiles utilizados por los magonistas en las fallidas sublevaciones de 1906-1908. La trascendencia del papel jugado por el periodismo y las imprentas durante la Revolución y sus pródromos no necesita ser destacada; basta pensar en la entrevista Díaz-Creelran, los artículos de Luis Cabrera, La sucesión presidencial de 1910 de Madero y los planes que cada jefe revolucionario expedía para justificar su lucha.
- 59/ En estos años el anarquismo del PLM se reduce, como lo decimos en el texto, a meras tendencias. El contacto de Flores Magón con el anarquismo se dio a través de sus ligas con la organización norteamericana "Industrial Workers of the World" (I.W.W.), de fuertes tendencias ácratas. Al principio, el partido magonista defendía un liberalismo social que fue cada vez más influido por ideas socialistas. Con el tiempo, el movimiento se iría radicalizando y es entonces cuando se puede hablar de un contenido auténticamente anarquista. Los historiadores defieren en cuanto a la fecha en que se dio esta radicalización; Cockroft, op.cit., p. 150, dice que se inició desde 1906; Berta Ullóa, "La lucha armada", p. 27, en Historia General de México, la ubica a partir de 1910; y Alba, op.cit., p. 120, afirma que no se manifestó claramente sino hasta después de la Revolución.
- 60/ Cockroft, op.cit., p. 168. Unas líneas más adelante, Cockroft afirma que sin el apoyo del PLM la revuelta maderista "nunca hubiera empezado o, en el peor de los casos triunfado.", p. 170. Por otra parte, no debemos olvidar la colaboración incondicional que durante todos estos años de lucha prestó Enrique Flores Magón a su hermano Ricardo, así como la de Práxedes G. Guerrero, acomodado joven guanajuatense que se convertiría en anarquista fanático y que moriría tempranamente (1910) luchando contra la dictadura. Otro miembro de la familia Flores Magón, Jesús, se limitaría a brindar asesoría legal a Ricardo y Enrique y terminó por separarse completamente de los ideales anarquistas de sus hermanos. En 1912, llegaría a ser Secretario de Gobernación en el gabinete de Madero y al año siguiente reconocería y colaboraría con el régimen huertista.

- 61/ Ricardo Flores Magón estaría en la cárcel de 1911 a 1914. A partir de este último año, publica "Regeneración", desde los Estados Unidos, cada vez que logra burlar la vigilancia de las autoridades de ese país. Finalmente es aprehendido en 1918 y sentenciado a 20 años de prisión. Cuatro años más tarde, a punto de ser trasladado a México, Flores Magón muere misteriosamente en su celda. Ibid, p. 214.
- 62/ Este libro forma parte de un conjunto de escritos surgidos a raíz de la entrevista Díaz-Creelman de 1908. En ellos, diversos autores liberales clásicos hacían moderadas críticas, puramente políticas, al régimen porfirista. Entre estos escritos se cuentan ¿Hacia dónde vamos? de Querido Moheno y Cuestiones electorales de Manuel Calero. El folleto La reelección indefinida de Emilio Vázquez Gómez no pertenece a este grupo, como a veces señalan algunos historiadores (p. ej., Luis González, op.cit., p. 258); el texto de Vázquez Gómez data de 1888.
- 63/ La ingenuidad de Madero es proverbial. En un discurso pronunciado en 1910 a un grupo de obreros textiles veracruzanos, llegó a decir lo siguiente: "Del gobierno no depende aumentaros el salario ni disminuir las horas de trabajo, y nosotros, que encarnamos vuestras aspiraciones, no venimos a ofreceros tal cosa, porque no es eso lo que vosotros deséais; vosotros deséais libertad... vosotros no queréis pan, queréis únicamente la libertad porque la libertad os servirá para conquistar el pan". Citado por Jesús Silva Herzog en su Breve historia de la Revolución Mexicana, tomo I, p. 123. Las carencias del Plan de San Luis en materia social y el haber permitido la permanencia de elementos francamente reaccionarios dentro de su gobierno, son dos muestras más de la ingenuidad maderista. Esta actitud del iniciador de la Revolución se derivaba de una fe ciega en la democracia formal.
- 64/ Skirius, op.cit., p. 68, confunde el Complot de Tacubaya con el Plan del mismo nombre al afirmar que Paulino Martínez participó en el primero. Como ya vimos, el Complot fue un intento promaderista, mientras que el Plan de Tacubaya era lo contrario.
- 65/ Cockroft, op.cit., nota de la p. 173.
- 66/ Además de Montañó y Soto y Gama, otros ideólogos importantes del zapatismo fueron Paulino Martínez, Gildardo Magaña y Manuel Palafox.

- 67/ Ibid. Subrayado nuestro.
- 68/ Alba, op.cit., pp. 160 y 161.
- 69/ Ulloa, op.cit., p. 67.
- 70/ Ibid., p. 96.
- 71/ Gabriella de Beer, Luis Cabrera. Un intelectual en la Revolución Mexicana, pp. 15 y 16.
- 72/ Eugenia Meyer, Luis Cabrera: teórico y crítico de la revolución, p. 37.
- 73/ Ibid., pp. 41 y 42.
- 74/ No debemos olvidar que el Plan de Guadalupe no hacía referencia alguna a cuestiones sociales o económicas. Cabrera había tratado infructuosamente de llegar a un acuerdo con Zapata en 1914 para que depusiera las armas y se uniera al carrancismo. Sobre la importancia de la ley del 6 de enero, Silva Herzog afirma: "La ley del 6 de enero de 1915 es sin discusión el paso legislativo de mayor trascendencia en materia agraria después de las leyes de Desamortización y Nacionalización de los bienes de la Iglesia de 1856 y 1859, respectivamente". Op.cit., tomo II, p. 139. Cabrera se inspiró en el pensamiento de Molina Enríquez para la elaboración de esta ley.
- 75/ Esta misión en el extranjero fue el motivo por el cual Cabrera no participó en el Congreso Constituyente de 1917.
- 76/ John Rutherford, en su libro Mexican Society During the Revolution escribe: "De los pensadores revolucionarios ciertamente sólo uno es convincente como tal, y por lo tanto, aparece por todas partes, Luis Cabrera (1876-1954). Solamente él da la impresión de entender los acontecimientos suficientemente bien como para imponer sobre ellos su voluntad...". Citado por De Beer, op.cit., p. 40.
- 77/ Alba, op.cit., p. 169.
- 78/ Ibid., p. 170
- 79/ François-Xavier Guerra, historiador francés que en 1985 publicó una reinterpretación del porfiriato y la Revolución ("Le Mexique: de l'Ancien Régime a la Revolution", Paris, Ed. L. Harmattan, 1985, 2 vols.), en un artículo escrito en 1981, desmitifica el idílico modelo de corte zapatista sobre el movimiento revolucionario, afirmando que la Revolución de 1910 fue desencadenada por las rebeliones de las regiones y ciudades mineras del norte y

que, todavía en junio de 1911, la revolución agraria puede ser considerada como un epifenómeno del levantamiento minero. "Territorio minado: Más allá de Zapata en la Revolución Mexicana" en Nexos, p. 47.

- 80/ La generación de 1915 incluye, además de los "Siete Sabios", a Miguel Palacios Macedo, Narciso Bassols y Daniel Cosío Villegas. Krauze, op.cit., p. 11. Krauze no pretende agotar la lista de miembros de la Generación, sino mencionar (además de los "Sabios"), a aquéllos que tuvieron una actividad política importante.
- 81/ Ibid., p. 79.
- 82/ Ibid., p. 98.
- 83/ Aunque su proyecto de este artículo no es el que finalmente se aprueba, sus ideas influyeron notablemente en la redacción definitiva del mismo.
- 84/ En 1923 se da el levantamiento de Adolfo de la Huerta - contra Obregón; de 1926 a 1929 se escenifica la guerra cristera; en 1927 son asesinados los generales Francisco R. Serrano y Arnulfo R. Gómez por romper abiertamente con sus jefes (Obregón y Calles respectivamente); en 1929 se dio el último levantamiento militar importante cuando el general Escobar encabeza una revuelta en contra de las pretensiones callistas de permanecer, tras bambalinas, al frente del gobierno. Todavía en 1938, Saturnino Cedillo tuvo la ocurrencia de levantarse contra el poder central. En unos cuantos meses las fuerzas cardenistas acabaron con este último brote militar.
- 85/ Francisco José Paoli, Estado y sociedad en México 1917-1984, p. 43. El presidencialismo civil comienza de hecho, hasta 1946, ya que Avila Camacho también era militar. Todavía en 1952, el general Miguel Henríquez Guzmán sería el más serio opositor del candidato oficial en las elecciones presidenciales de ese año.
- 86/ Para un resumen de la labor educativa de Vasconcelos, ver Skirius, op.cit., pp. 72-79.
- 87/ Enrique Florescano, citado por Roderic A. Camp, op.cit., p. 65.
- 88/ Dentro de esta recuperación, el mundo precolombino juega, obviamente, un papel esencial. Destaca, en este aspecto, la labor de dos grandes antropólogos mexicanos: Manuel Gamio y Alfonso Caso. No solamente Caso, sino la Genera

ción de 1915 en general, será la encargada de dirigir y promover este redescubrimiento de la cultura nacional. Búsqueda iniciada, a título individual, por algunos de los miembros del Ateneo.

89/ Op.cit., p. 7.

90/ Al respecto Krauze opina: "Hubiese bastado una interpretación más humana y menos milenarsita del vasconcelismo por parte de Vasconcelos: entender la campaña no como un fin sino como un principio, no como una vuelta —habían pasado 20 años desde el maderismo, una generación— sino como el esperanzado inicio de un poderoso movimiento civil. El sistema político mexicano habría nacido a la auténtica modernidad". "El caudillo Vasconcelos" en Matute y Donís, op.cit., p. 47. En su breve artículo "Note a propos des intellectuels de la génération de 1915", p. 30, en el libro Intellectuels et état, Krauze es más conciso: "...la gran oportunidad de 1929, la que tuvo el vasconcelismo, se perdió por el orgullo de Vasconcelos".

91/ Monsiváis, op.cit., p. 356.

92/ Krauze, Caudillos culturales..., p. 242. Si bien es cierto que, como ya vimos, la participación de los miembros del Ateneo en el movimiento revolucionario fue muy reducida, debemos aclarar que tanto Alfonso Cravioto como Isidro Fabela, ateneístas ambos, ocuparon diversos cargos públicos durante la Revolución. El primero, como ya mencionamos, tuvo una destacada participación en la XXVI Legislatura y en el Congreso Constituyente de 1917. Fabela, por su parte, fue oficial mayor de la Secretaría de Relaciones Exterior y agente confidencial de la misma de 1914 a 1917. En el período postrevolucionario, muchos ateneístas se integran al aparato público, especialmente al Servicio Exterior Mexicano. El enorme contraste que a veces pretende establecerse entre el Ateneo y la Generación del 15, en relación con su participación política, debe ser matizado.

93/ Ibid., p. 193.

94/ Esta inestabilidad no sería solamente en relación con el Estado. La unidad de los "Sabios" se vino abajo desde 1921, cuando Vázquez del Mercado rompió definitivamente con Caso y con Lombardo. Ibid., p. 146.

95/ La renuncia más conocida, e ilustrativa en muchos aspectos, fue la que Vázquez del Mercado presentó a la Suprema Corte de Justicia en 1931, en protesta por la expulsión del país de Luis Cabrera, a consecuencia de haber dictado



la conferencia "El balance de la Revolución Mexicana". En ella, el ideólogo del carrancismo, hizo una evaluación crítica de los logros postrevolucionarios. (Para el texto completo de la conferencia, ver el libro de Meyer (Eugenia), op.cit., pp. 93-154). Desde su renuncia, hasta 1980, año de su muerte, a Vázquez del Mercado le fue negado todo acceso a la vida pública. Camp, op.cit., p. 194.

- 96/ Krauze, "Note a propos...", p. 31. El no haberse realizado como hombres públicos no disminuye la importancia de la obra política realizada por estos intelectuales. En el caso de Gómez Morín y Lombardo Toledano, además de la fundación de los partidos políticos ya señalados, no debemos olvidar la labor económica y financiera del primero en la Secretaría de Hacienda durante la década de los veinte, y la destacada participación del segundo en el desarrollo del movimiento obrero mexicano. Como se sabe, Lombardo fue uno de los fundadores de la Confederación de Trabajadores Mexicanos (CTM) en 1936. En el caso de Cosío Villegas, su legado más importante sería en el plano académico. Él es el fundador de dos grandes instituciones culturales: El Colegio de México (la antigua Casa de España) y el Fondo de Cultura Económica, y de varias publicaciones que se mantienen como lo mejor en su género: "Foro Internacional", "El Trimestre Económico" e "Historia Mexicana". Cosío Villegas fue también uno de los críticos más constantes de nuestro sistema político y un reconocido historiador.
- 97/ "Aunque no estrictamente un grupo (en rigor, de los únicos que puede hablarse en la historia cultural es de tendencias), afinidades literarias, revistas hechas en común, influencias y aversiones compartidas, la misma intransigente actitud ante el arte, terminaron por asimilar, en una perspectiva histórica, a los escritores que se conocen como generación de Contemporáneos, cuyo trabajo generacional dura aproximadamente de 1920 a 1932 y que se llaman así en honor o en respuesta a la revista del mismo nombre (1928-1931)". Monsiváis, op.cit., p. 363.
- 98/ El artículo se titula "Les intellectuels et l'état au Mexique (1930-1940). Le cas de dissidence des Contemporáneos", en el libro Intellectuels et état, pp. 77-112.
- 99/ Ibid., p. 80.
- 100/ El entonces secretario de Relaciones Exteriores, Genaro Estrada, creador de la doctrina que lleva su nombre y él

mismo un intelectual, auspició el ingreso de Gorostiza, Owen, Pellicer y Torres Bodet al Servicio Exterior.

- 101/ "Del choque revolucionario surgió una doble tendencia cultural, positiva en cuanto permitió a los mexicanos descubrirse a sí mismos, y negativa en cuanto llegó a un extremo chovinista, tipificado en la frase 'Como México no hay dos' (y como Paraguay o Nueva Zelanda tampoco)...". Fuentes, op.cit., p. 83. Los Contemporáneos serán atacados durante toda la década de los treinta por considerárseles europeizantes y desarraigados de su pueblo. Con la trágica muerte de Cuesta en 1942 y la llegada del desarrollismo, la polémica pierde a su principal interlocutor y mucho de su sentido, y se desvanece rápidamente. Monsiváis, op.cit., p. 395.
- 102/ Panabière, op.cit., p. 104.
- 103/ En su artículo "La campaña presidencial de 1929 y el liderazgo político en México", en Historia Mexicana.
- 104/ Estos son algunos de los múltiples ejemplos que da Camp en su artículo. Otro vasconcelista, Adolfo López Mateos, llegaría a ser Presidente de la República.
- 105/ Silva Herzog dirigió el informe sobre la situación de la industria petrolera que coadyuvó en la expropiación petrolera de 1938. Además de haber desarrollado una brillante trayectoria como servidor público, Silva Herzog fundó el Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas y las publicaciones "Revista Mexicana de Economía" y "Cuadernos Americanos". Realizó también una amplia labor docente en varias instituciones académicas y es autor de más de una veintena de libros sobre diferentes aspectos de la evolución histórica, social y económica de México.
- 106/ Soto y Gama había fundado el Partido Nacional Agrarista en 1920. Durante el gobierno de Obregón fue diputado, pero se opuso a lo que él consideraba el movimiento "personalista" de Calles. Aunque estuvo en principio de acuerdo con el reparto agrario, criticó la mayor parte de la política de Cárdenas. Así como se había opuesto a la candidatura de éste en 1934, seis años más tarde se manifestó activamente en contra del candidato oficial. Cockroft, op.cit., pp. 212 y 213; y Camp, Intellectuals and the State..., p. 28.
- 107/ Meyer (Jean), op.cit., p. 7. Marsal coincide: "...Lázaro Cárdenas, luego figura política favorita de la izquierda dominante, durante su mandato presidencial no tuvo una relación demasiado cordial con la 'intelligentsia'.

Su prevención anti-intelectual es conocida" "Los intelectuales mexicanos, el PRI y la masacre de Tlatelolco", en Careaga, op.cit., p. 265. Marsal utiliza la palabra "intelligentsia" como sinónimo de intelectuales.

- 108/ Línea, p. 63.
- 109/ Lorenzo Meyer, "La encrucijada", p. 104, en Historia General de México.
- 110/ "A partir de la década de los cuarenta, el modelo que teóricamente permitiría sustituir importaciones y favorecer un proceso de desarrollo con bienestar... ha producido una industrialización a medias, con un mercado interno deficiente, donde grandes empresas nacionales y extranjeras adquieren el control de la producción y la distribución. Industria poco competitiva e ineficiente por sobreprotegida... El proceso, por desgracia, no ha ayudado a resolver el problema de desempleo...". Este es el balance que, a la distancia (en 1979), hace Enrique González Pedrero en su libro La riqueza de la pobreza, pp. 97 y 98.
- 111/ Estancamiento del sector agrícola, desempleo, irregularidades fiscales y déficit comercial eran los más importantes. Leopoldo Solís, La realidad económica mexicana: retrovisión y perspectiva, pp. 105 y 106.
- 112/ Camp, op.cit., p. 221, afirma que la influencia política de los intelectuales está en relación con el desarrollo de las estructuras estatales y con el tamaño de las mismas. Mientras menos desarrolladas y, por lo tanto, más pequeñas sean éstas, mayor será la influencia que los intelectuales podrán ejercer.
- 113/ Monsiváis, op.cit., p. 414. Monsiváis se refiere a los artículos: "La crisis de México" de Cosío Villegas (1947) y "La Revolución Mexicana es ya un hecho histórico" de Silva Herzog (1949).
- 114/ Ibid.
- 118/ Abelardo Villegas, Autognosis: el pensamiento mexicano del siglo XX, p. 138.
- 115/ Con mucho acierto, Careaga escribe a este respecto: "La toma de conciencia del intelectual del mundo subdesarrollado no solamente se le impone como una elección sino como una exigencia de su situación histórico-social. Pero también hay que aclarar que el intelectual, so pretexto del imperialismo cultural, no puede ni debe dejar de conocer las técnicas y los conocimientos del mundo de-

sarrollado". Los intelectuales y..., p. 29.

- 116/ En el prólogo a la segunda edición de su libro La filosofía de lo mexicano, (p. 5 ) Abelardo Villegas afirma que para 1960 las aportaciones de esta corriente filosófica habían terminado. El celeberrimo libro de Octavio Paz, El laberinto de la soledad, se inscribe dentro de este intento por repensar al mexicano y su circunstancia.
- 117/ Camp. op.cit., p. 141.
- 119/ Algunos de los colaboradores de "México en la Cultura" fueron: Alfonso Reyes, Octavio Paz, Leopoldo Zea, Pablo González Casanova, Jaime García Terrés y Elena Poniatowska. Más tarde ingresaron Rosario Castellanos, Carlos Fuentes, Víctor Flores Olea, Enrique González Pedrero, José Emilio Pacheco y Carlos Monsiváis.
- 120/ La relación que sigue sobre "El Espectador" y "Política" está sacada en su mayor parte de Careaga op.cit., pp. 75-101.
- 121/ Ibid., pp. 76 y 77.
- 122/ Ibid., p. 97.
- 123/ Careaga, ibid., pp. 100 y 101, da algunas razones del fracaso del MLN: la heterogeneidad del organismo, la falta de cohesión del mismo, la ausencia de metas específicas (producto en buena medida de la indecisión del MLN para convertirse en partido) y, por último, la incapacidad del movimiento para politizar a obreros y campesinos. Marsal, op.cit., p. 261, achaca el fracaso al gobierno, a los medios de información derechistas y a la ortodoxia comunista.
- 124/ Villegas, Autognosis..., p. 159.
- 125/ Fuentes, op.cit., p. 147.
- 126/ Camp. op.cit., p. 66 (nota 61):
- 127/ El valor y la honestidad de Barros Sierra son dignas del más alto reconocimiento. Un rector que manifestaba públicamente que la discrepancia era la mejor manera de servir al país, no podía ser escuchado por las autoridades del gobierno de Díaz Ordaz. Ver el epígrafe, p. 9, del libro Javier Barros Sierra, 1968 de Gastón García Cantú.

- 128/ Camp, op.cit., p. 209.
- 129/ Monsiváis, op.cit., p. 430. Para un intelectual marxista de la talla de Revueltas, 1968 significó un cambio considerable en su visión política. Roger Bartra, "¿Lombardo o Revueltas?" en La democracia ausente, p. 181.
- 130/ Stanley R. Ross, "La protesta de los intelectuales ante México y su Revolución", p. 423, en Historia Mexicana. Alejo fue uno de los profesores universitarios que acompañaron a Barros Sierra en su protesta contra la violación de la autonomía universitaria.
- 131/ Las líneas siguientes sobre el CNAC están sacadas de Paoli, op.cit., pp. 85-87.
- 132/ De la desintegración del CNAO surgieron el Partido Socialista de los Trabajadores y el Partido Socialista Revolucionario. El CNAO mismo se transformaría en el Partido Mexicano de los Trabajadores (PMT).
- 133/ Marsal, op.cit., p. 264.
- 134/ Paoli, op.cit., p. 107 (este libro fue escrito en 1985).
- 135/ Ibid.
- 136/ Posdata, p. 80.
- 137/ Robert K. Merton en su libro Social Theory and Social Structure, nota de la p. 222, cita la siguiente frase de Stalin: "...ningún grupo en el poder ha podido subsistir sin sus propios intelectuales. El problema es no desanimar a estos camaradas".
- 138/ Camp, op.cit., p. 70. El aspecto económico, que aquí Camp menciona brevemente, es una variable muy importante para determinar las posibilidades de autonomía y, por lo tanto, de capacidad crítica de los intelectuales en relación al Estado. El desarrollo económico de una sociedad no sólo determina la estructura del medio intelectual, sino también influye sobre el papel crítico que los intelectuales pueden desempeñar al posibilitarles o negarles, según el caso, el acceso a otros medios de subsistencia que no sea el presupuesto gubernamental. Ibid., p. 117.
- 139/ Ibid., p. 230.

"...México es uno de los países donde más se escucha al intelectual. Se le escucha, se le consiente, se le respeta."

Rafael Segovia

"El limitado papel y la restringida contribución del intelectual a la historia contemporánea mexicana merecen atención y comprensión."

Stanley P. Ross

#### IV. REFLEXIONES FINALES

A lo largo del presente trabajo, dentro del texto mismo y a través de algunas de las notas, hemos venido realizando una serie de comentarios críticos que adelantan algunos de los puntos que trataremos en esta parte final. Para evitar ser repetitivos, presupondremos el contenido de estos comentarios y nos centraremos en aspectos no señalados. Debemos advertir que las explicaciones que presentamos en estas reflexiones tienen un carácter tentativo; se trata de aproximaciones a un tema (los intelectuales y la política en el México moderno) sobre el cual se discute mucho, pero que ha sido poco estudiado desde una perspectiva global. A continuación, se mencionan los principales temas que trataremos en estas reflexiones finales. Después de hablar brevemente sobre un aspecto histórico que ha sido muy debatido (la existencia o inexistencia de precursores intelectuales en la revolución mexicana), pasaremos a los cuatro puntos que se tocarán aquí: la diferencia de principios y valores entre los intelectuales y los políticos, diferencias que explican su falta de entendimiento y la escasa cohesión que muestran los primeros al ingresar a la actividad política;<sup>140/</sup> el estatismo de los intelectuales mexicanos; la situación actual y, finalmente, las perspectivas de la relación entre los intelectuales y la política en nuestro país.

Algunos autores han tratado de negar la existencia de verdaderos precursores intelectuales de la Revolución. Dentro -

del texto, hicimos ya algunos comentarios al respecto, aquí solamente daremos nuestras razones para rechazar esa proposición. Aunque no existían más que dos elaboraciones teóricas prerrevolucionarias más o menos integrales que analizaran la problemática social del país y que a partir de ahí propusieran un cambio (nos referimos al magonismo y a la obra de Andrés Molina Enríquez), <sup>141/</sup> no podemos decir que la revolución mexicana haya surgido sin una serie de ideas que la precedieran y, en alguna medida, la provocaran. La crítica política encabezada por Camilo Arriaga, la expresión de una nueva posición intelectual por parte del Ateneo de la Juventud, el análisis agrario de Wistano Luis Orozco, los artículos periodísticos de Luis Cabrera y el libro escrito por Francisco I. Madero, son todas ellas manifestaciones intelectuales que contribuyeron a crear un ambiente de inconformidad, de descontento, que desembocaría en el levantamiento social de 1910. El hecho de que ninguno de estos pensadores, con excepción de Ricardo Flores Magón, haya sido radical, no los invalida un ápice como precursores de la Revolución. Lo importante es que, en mayor o menor grado, ayudaron a crear una mentalidad política adversa a la dictadura que influyó en su derrumbamiento. Es cierto, y por eso utilizamos la palabra "política" en la oración anterior, que los receptores de la crítica que estos intelectuales llevaron a cabo se reducía a un sector muy limitado de la sociedad (en este caso, el magonismo es, aunque de manera parcial, también la excepción), pero fue precisamente una fracción de



este sector la que desencadenó la lucha revolucionaria. El que los mineros del norte y los campesinos del sur hayan reaccionado de la manera en que lo hicieron, no tiene absolutamente nada que ver con los precursores intelectuales, sino con una serie de condiciones sociales objetivas. Una vez iniciada la lucha, es claro como son estas fuerzas sociales representadas por mineros y campesinos las que ahora marcan el compás; los esquemas teóricos no hacen más que tratar de dar alcance a una serie de acontecimientos que, en los primeros años de lucha, se suceden con demasiada rapidez. Con el triunfo del constitucionalismo, se rescatan algunas de las aportaciones más importantes de cada una de las faciones que habían participado en la lucha, se pasan a través de un tamiz liberal progresista y se obtiene un documento legal inusitado para su época: la Constitución de 1917. Resumiendo, la revolución mexicana sí contó con precursores intelectuales pero, una vez iniciada, fueron los hechos sociales los que irían determinando el rumbo y no sería sino hasta el final del movimiento cuando los hombres de pensamiento, retomando buena parte de los planteamientos que la lucha revolucionaria había impuesto (siguiendo su propio impulso y no obedeciendo a uno o varios esquemas teóricos que establecieran el camino a seguir), vuelven a ocupar un lugar preeminente, ya que su labor era indispensable para lograr la reorganización y reestructuración del país.<sup>142</sup> /

El movimiento precursor, el maderismo, la Generación de 1915, el Movimiento de Liberación Nacional y el Comité Nacio-

nal de Auscultación & Consulta (este último de 1971) son los claros ejemplos nacionales de la falta de cohesión que caracteriza a los intelectuales cuando deciden participar políticamente. Los hombres de pensamiento sufren de una incapacidad congénita para ser fieles entre sí o hacia un determinado programa una vez que han ingresado en el ámbito de la política. - ¿Cuáles son los obstáculos, casi infranqueables, que impiden un entendimiento entre los hombres de pensamiento y los hombres de acción?<sup>143/</sup>

Dos son, a nuestro parecer, las cualidades esenciales del verdadero intelectual: el dogmatismo y la duda. Estas características, aparentemente contradictorias, son fundamentales para explicar la brecha que separa a los intelectuales de los políticos, al mundo de las ideas del mundo de los hechos. Para un intelectual, nada más importante que el apego a la verdad (a su verdad, es cierto), pero en términos prácticos las dos se confunden). La verdad, el mayor acercamiento posible a la realidad, es el objetivo primordial de todo intelectual. De aquí su dogmatismo. Un hombre de pensamiento no cederá frente a las circunstancias concretas si éstas contravienen lo que él considera como verdadero. Desde este punto de vista, el intelectual es, por definición, intransigente. Por otro lado, tenemos la otra cualidad esencial de los intelectuales: la duda. Al lado del dogmatismo al que nos hemos referido, pero sin contradecirlo, aparece esta otra característica del hombre teórico. El intelectual es dogmático fren

te a la verdad, lo cual no implica que no dude de sus propias concepciones, pero sobre todo de las de los demás y de toda su circunstancia. Si no fuera así, el intelectual sería conformista, pero no es fortuito el hecho de que exista una tendencia a definir a los intelectuales como aquellos individuos que de un modo u otro se oponen, contradicen y critican a los poderes establecidos. Se puede decir que los intelectuales - comparten un valor, la verdad, pero, al mismo tiempo, están conscientes de que para llegar a ella, es necesario cuestionar la realidad circundante. Pueden estar equivocados, pero solamente cambiarán de parecer si existe una serie de explicaciones de tipo teórico que así lo justifique.

El panorama no puede ser más distinto al pasar al mundo de la política. Para el político la verdad es, por decir lo menos, un valor secundario. Al hombre político le interesan los resultados concretos, la eficiencia, la eficacia. La búsqueda de poder reemplaza a la búsqueda de la verdad. Si la realidad se interpone entre un político y sus objetivos, se le modificará, tergiversará o ignorará, pero nunca se llegará a aceptar la incapacidad o la impotencia. Dijimos que a pesar de su dogmatismo, los intelectuales dudaban; nada más lejano de la mentalidad política. El hombre público siempre debe estar seguro de sí mismo; titubeos e incertidumbres no existen para él. El discurso político está lleno de afirmaciones categóricas e imperativos, completamente ausente de matices.

El intelectual está comprometido con la veracidad, el político con la autoridad. La dicotomía verdadero-falso es sustituida por el pragmatismo de la acción: hay que saber cuándo y cuánto ceder. Un millón de razonamientos "lógicos" son insuficientes porque antes están la utilidad y la autoridad, hacia la cual, de una manera u otra, todo político se siente obligado.

La "comparación" anterior entre el intelectual y el político, no pretende ser un adoctrinamiento maniqueísta sobre la cuestión. Nuestro propósito era poner de manifiesto las diferencias que desde la raíz influyen y determinan las actitudes y comportamientos que los distinguen y, no pocas veces, confrontan. Sin embargo, debemos agregar algunos aspectos que nos den una idea un poco más completa del tema que estamos tratando. El intelectual se desarrolla en el mundo de las ideas, desconociendo muchas veces los obstáculos reales, concretos. Es relativamente fácil elaborar planes y proyectos teóricos; mucho más difícil es llevarlos a la práctica. El intelectual, por lo general, desarrolla sus ideas recluso en su estudio, tranquilamente sentado frente a su escritorio. El político no goza de esta tranquilidad, existe una diversidad de factores que se lo impiden. Su papel no es el de criticar o elaborar teorías, sino hacer, ocuparse, poner en práctica. Hay limitaciones reales (partidarias, presupuestales, cronológicas, etc.) que deben sortearse para seguir adelante. El hom

bre público no se puede dar el lujo de meditar detenidamente cada una de sus acciones, hay que actuar (el político actúa, el intelectual reflexiona) y hacerlo con premura y acierto porque la realidad, con toda su carga de exigencias, se viene encima y lo que está de por medio es la evolución y el progreso de una sociedad.

La fortaleza del Estado y la concomitante debilidad de la sociedad civil son dos factores (ya tratados en el texto) que han determinado en buena medida la estrecha vinculación que existe en el caso de nuestro país entre los intelectuales y el poder político. Este último fenómeno, al que hemos denominado estatismo, tiene serias implicaciones para el medio intelectual. El Estado mexicano postrevolucionario ha logrado incorporar de diferentes maneras a los intelectuales. Desde el otorgamiento de premios oficiales hasta el ofrecimiento explícito de puestos gubernamentales, el aparato político cuenta con toda una serie de métodos de cooptación ante los cuales el intelectual se encuentra en un estado de indefensión. La falta de opciones de desarrollo alternativas al presupuesto público (del cual también forman parte, aunque en ocasiones parezca olvidarse, tanto el Servicio Exterior como las universidades públicas) sujetas al estrato intelectual a toda una serie de limitaciones. La más importante de ellas es que inhibe una de las características principales que distinguen a los intelectuales de otros grupos sociales: su capacidad crítica.

En este sentido, se han dado cambios recientes de importancia, los cuales mencionaremos al final de estas reflexiones. Durante el nacionalismo revolucionario la cooperación de los intelectuales con el Estado fue explícita. Con la llegada del desarrollismo son desplazados, por razones ya señaladas, del aparato político, pero se da una especie de acuerdo tácito sobre el modelo de desarrollo adoptado y la manera de llevarlo a cabo. Los intelectuales parecen olvidarse por algunos años de su vocación crítica y el notable avance de la economía nacional establece una aureola consensual alrededor del Estado. A finales de la década de los cincuenta, esta situación social cambia radicalmente. Diversos movimientos laborales se manifiestan contra el gobierno. La homogeneidad sindical lograda por la Confederación de Trabajadores Mexicanos (CTM) llega a su fin; las centrales campesina y popular también son puestas en entredicho. La revolución cubana ejerce una considerable influencia ideológica sobre estos movimientos sociales y no es menor su influjo sobre el estrato intelectual y los estudiantes universitarios. En 1968, estos últimos desencadenan el movimiento social más importante del periodo postrevolucionario. Apuntamos ya las consecuencias de este movimiento para el medio intelectual. Antes de pasar a la situación actual, diremos unas cuantas palabras sobre la importancia de la Reforma Política de mediados de la década de los setenta para la relación intelectuales-poder político. Esta reforma, al abrir posibilidades de desarrollo para los partidos políticos opositores, propició también una mayor politización de segmentos in-

conformes de la sociedad y un mayor debate, a todos los niveles, de las ideas, programas y proyectos de cada organización partidaria. Es precisamente aquí donde se registra un cambio muy importante para el estrato intelectual, ya que una parte considerable del debate mencionado rebasa el ámbito netamente político y adquiere características intelectuales muy claras (sobre todo tratándose de los partidos de izquierda). Con el transcurso de los años, un número cada vez mayor de instancias sociales, nos referimos especialmente a los medios masivos de comunicación, van participando de una confrontación de ideas en la que los intelectuales juegan un papel protagónico.

La crisis económica iniciada en 1982 ha tenido, como lo hemos mencionado ya, implicaciones políticas que han incidido de manera muy importante sobre la relación entre los intelectuales y la política. El desplome absoluto de la credibilidad gubernamental, los fraudes electorales, la desenfrenada caída del salario real de los obreros, el inveterado descuido del campesinado, una coyuntura internacional desfavorable, el monolitismo mostrado por el partido oficial y una deuda impagable, son algunos de los aspectos más importantes de la realidad política mexicana actual. La iniciativa privada, que no acaba de resignarse a la nacionalización bancaria, apoya decididamente el ascenso del partido Acción Nacional y muestra su inconformidad, a través de sus diversas organizaciones, con muchas de las medidas oficiales para solucionar la crisis.

Las clases medias se han visto seriamente afectadas por la situación de estos últimos años (sin embargo, dentro de esta amplísima categoría social, la magnitud del deterioro es sumamente variable). Las clases populares, como en toda crisis económica, son las más perjudicadas; el desempleo, el subempleo y la criminalidad hacen presa de los grupos menos favorecidos de la sociedad. Todos los elementos que hemos mencionado hasta aquí confluyen en una palabra: politización. Factor muy peligroso para el Estado mexicano si consideramos que éste ha perdido el arma legitimadora que esgrimió durante mucho tiempo: el desarrollo económico. Es precisamente en este punto (donde se conjuga la politización de la sociedad civil con un debilitamiento estatal) el que debe ser aprovechado por los intelectuales mexicanos. La fusión partidaria de la izquierda (en la que los intelectuales han jugado un destacado papel), el apoyo social que ha mostrado tener el contestatario Consejo Estudiantil Universitario, el desarrollo político del Partido Acción Nacional en el norte del país, la creación del Grupo de las 100 y su labor al margen del Estado, y el debate actual sobre la democracia a través de todos los medios de comunicación, en el que han participado intelectuales de todas las tendencias, muestran, además del surgimiento de una sociedad civil más despierta y políticamente más consciente, la existencia de una serie de condiciones nuevas para el desarrollo de una intelectualidad más autónoma y, por lo tanto, más crítica.



Esta nueva actitud de los intelectuales mexicanos responde a tres factores principales. En primer lugar, la tendencia, iniciada con el 68, a no participar en el aparato político. En segundo término, la posibilidad de un desarrollo político real fuera del partido oficial, participando en algún partido opositor o en movimientos de tipo político ajenos al Estado. Finalmente, la existencia, a causa del desarrollo económico global de la sociedad, de fuentes de trabajo intelectual alternativas al presupuesto gubernamental; considerando sobre todo la evolución reciente de los medios masivos de comunicación.<sup>144/</sup>

El estatismo que ha caracterizado a los intelectuales mexicanos postrevolucionarios ha sido puesto en entredicho por los elementos apuntados. Sin embargo, el esfuerzo del gobierno por cerrar la brecha entre el medio intelectual y el poder político continúa.<sup>145/</sup> El Estado sabe lo importante que es para su legitimidad el incorporar a los intelectuales a su aparato, y de no ser posible esto, mantener un diálogo que evite que este grupo social se enajene completamente del poder estatal. Con mayor razón si pensamos que el Estado mexicano está pasando no sólo por una grave crisis económica, sino también por una crisis de legitimidad que ha erosionado su credibilidad de un modo alarmante. Un distanciamiento creciente entre los intelectuales y el poder político no haría sino perjudicar a este último. Nuestros gobernantes lo saben y por ello seguirán buscando caminos y métodos que, de una manera u

otra, lleven a un acercamiento.<sup>146/</sup> Existen dos elementos más, planteados aquí como meras posibilidades, que pueden contribuir a una reincorporación de los intelectuales al aparato público. Ambas tienen que ver con el ascenso, ya mencionado, de un nuevo grupo de políticos, los tecnócratas. La presencia cada vez mayor de la tecnocracia dentro del aparato estatal, se ha considerado, por lo general, no solamente como una amenaza para el político tradicional, sino también para los intelectuales que participan dentro del gobierno. Es cierto que los tecnócratas poseen ciertos valores que contrastan marcadamente con los valores de los intelectuales. Sin embargo, debemos considerar un factor que modifica enormemente esta visión unilateral. Nos referimos al hecho de que tecnócratas e intelectuales comparten una preparación académica (muchas veces en instituciones extranjeras) a la cual le dan no poca importancia y que, además de inculcar ciertos valores comunes, tiende a crear una serie de nexos que, en un momento dado, pueden influir para que se dé el acercamiento que señalábamos anteriormente. Al mismo tiempo, esta aproximación entre intelectuales y tecnócratas, sería un correctivo que podría evitar una grave amenaza que se cierne sobre nuestro sistema político: la omnipresencia de políticos con una perspectiva pragmática y eficientista, carentes de una visión humanista que, en muchos casos, permite tener una concepción más acertada de los problemas y, por lo tanto, de sus soluciones. Si bien reconocemos que se requiere de nuevos hombres políticos para enfrentar los problemas de nuestro tiempo,<sup>147/</sup> no caemos en el error de pensar que

estos nuevos servidores públicos tecnificados tienen las respuestas a todas las dificultades y obstáculos que plantea la evolución de una sociedad en este siglo XX. Hacerlo así, sería poner las bases para el desarrollo de una mentalidad y de una acción política que, tratando de dar solución a ciertas disfunciones, no haría sino crear otras nuevas. Por otro lado, el intelectual podría funcionar como puente de comunicación entre los tecnócratas y los políticos tradicionales.<sup>148/</sup> Su afinidad parcial con ambos, en cuanto a valores académicos con los primeros y en cuanto a intereses globales con los segundos, convierte al estrato intelectual en el medio idóneo para ir cerrando una brecha cuya existencia no puede más que perjudicar a nuestro sistema político.

El estatismo de los intelectuales parece estar llegando a su fin.<sup>149/</sup> Esto, en principio, es un hecho sumamente positivo para la vida política mexicana; sin embargo, caer en una posición completamente opuesta sería tan perjudicial como la dependencia estatal de la que está saliendo la intelectualidad. La polarización desarrollista a la que hicimos alusión al hablar de este periodo, no debe repetirse. El intento de algunos por divorciar completamente el ejercicio del conocimiento del ejercicio del poder responde a visiones muy estrechas del desarrollo social. La presencia, dentro y fuera del gobierno, de los valores humanistas, el espíritu crítico (producto de una preparación y un conocimiento) y la mentalidad alerta y cons-

ciente que representan los intelectuales no puede sino contribuir a este desarrollo. No debe confundirse la búsqueda de la autonomía de los intelectuales respecto al Estado (positiva desde cualquier punto de vista) con un intento por crear una desvinculación absoluta entre los hombres de pensamiento y el aparato político.<sup>150/</sup> Al respecto, no hay recetas que establezcan hasta dónde deben participar los intelectuales con el poder político para que no se les considere sus incondicionales. Cada intelectual debe decidir de manera estrictamente personal si quiere o no participar y, en caso afirmativo, de qué manera y en qué medida hacerlo. Lo importante es que en la actualidad los intelectuales cuentan con una serie de posibilidades de desarrollo político independiente que hasta hace poco tiempo eran inexistentes.

Es difícil columbrar lo que sucederá con una relación que posee como una de sus principales características la ambigüedad (si no fuera así, sería difícil explicarse que dos políticos como los que aparecen en los epígrafes que anteceden estas reflexiones sostengan dos puntos de vista tan divergentes sobre la misma cuestión); a los posibles desarrollos ya apuntados, únicamente agregaremos nuestra manera de ver la situación actual. Por un lado, tenemos una crisis de legitimidad cuasipermanente del Estado mexicano. Por otro, una sociedad civil más politizada y cada día más descontenta. Los intelectuales pueden sacar partido de esta coyuntura, aprovechar los nuevos espacios y lanzarse de lleno contra el gobierno. Aunque este fe-

nómeno se ha dado, existe, a nuestro parecer, una tendencia - predominante a ver esta crisis como una oportunidad de minar el arraigado autoritarismo estatal e ir creando las bases para un nuevo desarrollo político. En este sentido es que percibimos la discusión actual alrededor de la democracia. Un intelectual debe ser autónomo y crítico, qué duda cabe, pero de nada sirven esta autonomía y esta capacidad crítica si no se tiene en mente un fin constructivo.

A lo largo del presente trabajo hemos visto la participación política de los intelectuales mexicanos durante 58 años de nuestra historia moderna. En estas reflexiones finales intentamos recuperar los puntos que nos habían parecido más importantes para establecer algunas "conclusiones" al respecto. Por último, sólo nos resta enfatizar dos cuestiones que, a nuestro juicio, son fundamentales. Nos referimos a dos hechos históricos que parecen estar en plena retirada dentro de la relación entre los intelectuales y la política en México. El primero de ellos, la estrecha vinculación que ha existido históricamente entre los intelectuales y el Estado mexicano, fenómeno al que hemos denominado estatismo y que se verifica a través de la relación histórica que hicimos. También a través de ésta, nos percatamos de otro hecho no menos importante: los intelectuales que han participado en la política mexicana son, con honrosas excepciones, humanistas (reunimos aquí bajo este rubro no sólo a los humanistas en sentido estricto, sino también a literatos y científicos sociales). Estos dos hechos,

estatismo y humanismo, pasan en la actualidad por un trance - difícil. No afirmamos de ninguna manera que estén definitivamente superados, lo que sostenemos es que están amenazados por tendencias históricas que, de continuar, afectarían de manera notable a nuestro sistema político. Como ya lo señalamos, a partir del movimiento estudiantil el número de intelectuales que desea participar en el aparato estatal es cada vez menor. A raíz de aquél, los intelectuales humanistas deciden dejar de apoyar, explícita o tácitamente, al gobierno. Durante la década de los setenta se sientan las bases políticas para un desarrollo político autónomo de los intelectuales y en la década que sigue, la que estamos viviendo actualmente, una serie de condiciones económicas y sociales permiten que esta autonomía se convierta en realidad. El aparato político cuenta con nuevos teóricos; sin embargo, sabe que necesita de esos intelectuales que a partir de 1968 se muestran reacios a participar (y que por primera vez avisan nuevas posibilidades de desarrollo), para fundamentar sus proyectos políticos, para elevar su erosionada legitimidad y, en última instancia, para mantenerse en el poder.

## NOTAS

- 140/ Se trata de un intento por señalar las diferencias principales que existen entre los intelectuales y los políticos desde un punto de vista axiológico que, desde nuestra perspectiva ayuda a explicar los comportamientos de cada uno. Estas diferencias, sobra decirlo, pretenden ser universales.
- 141/ El magonismo es un análisis mucho más ideológico, contrastante con el enfoque científico (de corte positivista) de Los grandes problemas nacionales. Si bien los dos planteaban un cambio, no necesitamos insistir sobre las enormes diferencias entre el radicalismo de Flores Magón y la visión moderada, aunque progresista, de Molina Enríquez.
- 142/ Esta interpretación no pretende minimizar la importancia de los intelectuales durante la lucha revolucionaria (en la exposición histórica queda de manifiesto la influencia que tuvieron sobre las distintas facciones a las que servían), el punto que se quiere enfatizar es que los factores subjetivos fueron determinantes al principio y al final del conflicto revolucionario. Durante la etapa intermedia del mismo, los intelectuales jugaron un papel secundario, no por ello despreciable, en relación con los factores objetivos. Este fenómeno, por otra parte, no es privativo de la revolución mexicana, sino que es común a toda revolución social.
- 143/ En las líneas que siguen recurrimos una vez más al instrumento analítico weberiano de los "tipos ideales".
- 144/ Los medios masivos de comunicación representan un arma de dos filos para los intelectuales. Por un lado, el desarrollo de estos medios amplía sus posibilidades económicas, didácticas y de expresión; por el otro, se convierten cada vez más en vehículos de manipulación, a los que deben oponerse y criticar los propios intelectuales.
- 145/ Un claro ejemplo de este esfuerzo fue la reacción oficial al desplegado que una veintena de intelectuales publicaron en la prensa mexicana en julio de 1986, en el que pedían la anulación de los comicios en Chihuahua por considerar que habían sido fraudulentos. El secretario de gobernación, Manuel Bartlett, invitó a estos intelectuales a que probaran lo dicho y les proporcionó toda la documentación pertinente para que ellos mismos se dieran cuenta de que las elecciones habían sido limpias. Ver "Una pequeña historia" de Héctor Aguilar Camín en Nexos.
- 146/ En este sentido se puede entender la reciente publicación, por parte de entidades oficiales, de una serie de biografías sobre diferentes personajes políticos de nuestra historia a cargo del joven intelectual Enrique Krauze.

- 147/ El ascenso de la tecnocracia, en México y en el resto del mundo es producto de un fenómeno universal: el vertiginoso e incontenible desarrollo científico-tecnológico-industrial, que impone nuevas maneras de pensar la política. Esta afirmación debe ser tomada, sin embargo, con las reservas que deben acompañar a todo intento por uniformizar los fenómenos sociales.
- 148/ Camp. op.cit., p.225.
- 149/ Este estatismo, debemos insistir en ello, no responde solamente a la decisión personal de cada intelectual, sino que han existido una serie de condiciones históricas objetivas que han determinado en buena medida esta decisión.
- 150/ Un ejemplo de este intento es el tratar de identificar al "verdadero" intelectual con la no participación en el aparato gubernamental. Esta actitud no es sino una muestra más de la adopción acrítica de modelos extranjeros (concretamente norteamericanos) y del desconocimiento de la historia nacional y su especificidad.



## BIBLIOGRAFIA

En la presente bibliografía solamente aparecerán las publicaciones de donde se extrajeron citas textuales o ideas específicas. Aunque se consultaron otros escritos para la elaboración de este trabajo, ninguna de las fuentes principales se omite en este listado bibliográfico.

### Libros:

- Abreu Gómez, Ermilo, Martín Luis Guzmán. México: Empresas Editoriales, 1968.
- Alba, Víctor, Las ideas sociales contemporáneas en México. México: Fondo de Cultura Económica, 1960.
- Bartra, Roger, La democracia ausente. México: Editorial Grijalbo, 1986.
- Beer, Gabriella de, Luis Cabrera. Un intelectual en la Revolución Mexicana. México: Fondo de Cultura Económica, 1984.
- Bodin, Louis, Los intelectuales. Buenos Aires: Editorial Universitaria, 1965.
- Camp, Roderic A., Intellectuals and the State in Twentieth-Century Mexico. Austin: University of Texas Press, 1985.
- Careaga, Gabriel, Los intelectuales y la política en México. México: Editorial Extemporáneos, 1980.
- \_\_\_\_\_, Intelectuales, poder y revolución. México: Ediciones Océano, 1982.
- Cockroft, James D., Precursores intelectuales de la Revolución Mexicana. México: SEP Cultura y Siglo Veintiuno Editores, 1985.
- Diccionario de Política, dirigido por Norberto Bobbio y Nicola Matteucci. México: Siglo Veintiuno Editores, 1984. 2 tomos.
- Estudios de Historia de la filosofía en México. México: UNAM, Publicaciones de la Coordinación de Humanidades, 1963.

- Fuentes, Carlos, Tiempo Mexicano. México: Editorial Joaquín Mortiz, 1980.
- García Cantú, Gastón, 1968: Javier Barros Sierra. México: Siglo Veintiuno Editores, 1985.
- Gella, Aleksander, ed., The Intelligentsia and the Intellectuals California: Sage Publications, 1976.
- Giddens, Anthony, Política y sociología en Max Weber. Madrid: Alianza Editorial, 1976.
- González Pedrero, Enrique, La riqueza de la pobreza. Lecturas mexicanas 17 (segunda serie). México: SEP Cultura y Editorial Joaquín Mortiz, 1985.
- Gouldner, Alvin, The Future of Intellectuals and the rise of the New Class, New York: The Seabury Press, 1979.
- Gramsci, Antonio, Antología (selección, traducción y notas de Manuel Sacristán). México: Siglo Veintiuno Editores, 1981.
- \_\_\_\_\_, Los intelectuales y la organización de la cultura. México: Juan Pablos Editor, 1975.
- \_\_\_\_\_, Política y sociedad. Barcelona: Ediciones Península, 1977.
- Historia General de México, tomos III y IV. México: El Colegio de México, 1977.
- Konrád, George e Ivan Szelényi, Los intelectuales y el poder político. Barcelona: Ediciones Península, 1981.
- Krauze, Enrique, Caudillos culturales en la Revolución Mexicana. México: SEP Cultura y Siglo Veintiuno Editores, 1985.
- Lacasta, J. Ignacio, Revolución socialista e idealismo en Gramsci. Madrid: Editorial Revolución, 1981.
- Mannheim, Karl, Ideología y Utopía. México: Fondo de Cultura Económica, 1987.

- Matute, Alvaro y Martha Donís, compiladores, José Vasconcelos: de su vida y su obra. México: UNAM, Textos de Humanidades/39, 1984.
- Merton, Robert K., Social Theory and Social Structure. New York: The Free Press of Glencoe, 1963.
- Meyer, Eugenia, Luis Cabrera: Teórico y crítico de la Revolución. México: SEP/Fondo de Cultura Económica, 1982.
- Meyer, Jean, Intellectuels et état au Mexique au XX<sup>e</sup> siècle. Paris: Éditions du Centre National de la Recherche Scientifique, 1979.
- Paz, Octavio, Posdata. México: Siglo Veintiuno Editores, 1980.
- Paoli, Francisco José, Estado y sociedad en México 1917-1984. México: Ediciones Océano, 1985.
- Pereyra, Carlos, El sujeto de la historia. Madrid: Alianza Editorial, 1984.
- Shils, Edward, "Intellectuals" en International Encyclopaedia of Social Sciences. New York: Macmillan and Free Press 1968, vol. 7, pp.399-415.
- Silva Herzog, Jesús, Breve historia de la Revolución Mexicana. Colección Popular 17. México: Fondo de Cultura Económica, 1960. 2 tomos.
- Solís, Leopoldo, La realidad económica mexicana: retrovisión y perspectivas. México: Siglo Veintiuno Editores, 1981.
- Torrey, Norman L. (ed.), Les Philosophes. New York: Perigee Books, 1980.
- Villegas, Abelardo, La filosofía de lo mexicano. México: UNAM, 1979.
- \_\_\_\_\_, Democracia y dictadura. México: UNAM y UAZ, 1987.
- \_\_\_\_\_, Autognosis: el pensamiento mexicano en el siglo XX. México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1985.

Weber, Max, El político y el científico. Introducción de Raymond Aron. Madrid: Alianza Editorial, 1980.

Artículos:

Aguilar Camín, Héctor, "Una pequeña historia" en Nexos 111, marzo de 1987, pp.19 y 20.

Camp, Roderic A., "La campaña presidencial de 1929 y el liderazgo político en México" en Historia Mexicana 106, CEH de El Colegio de México, octubre-diciembre 1977, vol. XXVII, No. 2, pp.231-259.

Guerra, François-Xavier, "Territorio minado: Más allá de Zapata en la Revolución Mexicana" en Nexos 65, mayo de 1983, pp.31-47.

Línea, Pensamiento de la Revolución. Los intelectuales y la política. México: CEN del Partido Revolucionario Institucional, mayo-junio/1976, No. 22, pp. 23-88.

Lipset, Seymour Martin y Richard B. Dobson, "The Intellectual as Critic and Rebel: With Special Reference to the United States and the Soviet Union" en Daedalus, Journal of the American Academy of Arts and Sciences, Summer 1972, vol. 101, No. 3, pp.137-198.

Ross, Stanley R., "La protesta de los intelectuales ante México y su Revolución" en Historia Mexicana 103, CEH de El Colegio de México, enero-marzo 1977, vol. XXVI, No. 3., pp.396-437.

## INDICE

	Pág.
INTRODUCCION .....	i
II. PREAMBULO TEORICO .....	1
a) Panorama histórico .....	1
b) Cuatro contribuciones importantes .....	5
c) Analistas contemporáneos .....	21
d) Intelectuales, "intelligentsia" y tecnocracia..	25
Notas .....	38
III. LOS INTELECTUALES EN MEXICO .....	45
a) La Revolución .....	45
b) El nacionalismo cultural: 1920-1940 .....	65
c) El desarrollismo .....	76
d) 1968 .....	87
Notas .....	93
IV. REFLEXIONES FINALES .....	105
Notas .....	121
BIBLIOGRAFIA .....	123